

5. La nación consolidada. La década de 1880 y la canonización del *Facundo*

En la mayoría de los países latinoamericanos, la década de 1880 fue un período de modernización y construcción nacional. En la Argentina, las circunstancias materiales fueron propicias para la imposición de una alta cultura sustentada desde el centro, que apareció como el repositorio natural de la legitimidad política, y que ayudó a construir el campo de sentidos y símbolos asociados con la vida nacional.

La nación liberal concebida por la Generación de 1837 se había hecho realidad al fin en 1880. La Generación del Ochenta se dispuso a cumplir las profecías que databan de la Revolución de 1810, actualizando el mandato de construir una nación-estado. Fueron ellos quienes forjaron una ideología nacional que, pese a considerables transformaciones, sigue siendo la autoimagen argentina de una nación moderna. Esta configuración material y conceptual alentó la hegemonía del *Facundo* como un texto bifronte, que contenía a la vez el diagnóstico de los males a evitar (por ejemplo las fuerzas rurales no dominadas, refractarias al progreso) y una profecía que se realizaba a medida que el país y sus instituciones se modernizaban.

La ubicación estratégica del *Facundo* en el centro de una compleja red de factores da cuenta de su notable afiliación con los logros de esta generación. En realidad, sorprenden los numerosos puntos de convergencia entre texto y mundo: *Facundo* se presta admirablemente a ser leído como un plano para la modernización. De ahí que sea en la década de 1880 que las controversias que rodean al texto se calman, si no se silencian del todo, lo suficiente para permitir su canonización.

Una razón obviamente fuerte para su canonización es la subida de Sarmiento a la presidencia en 1868. Como lo indicó el Capítulo I, Sarmiento mostró su conciencia de la relación crucial entre escritura y poder ya desde comienzos de su carrera, y siempre la usó en su provecho. Aunque en 1868 ya había escrito otros varios libros, consideró que el *Facundo* validaba sus reclamos de preeminencia política, y no es por azar que ese año publicara una tercera edición, que saliera la primera edición inglesa y que la cuarta española en Hachette apareciera en 1874, el año en que terminó su período presidencial. El contenido del libro dependía de las circunstancias de su publicación: la edición de 1868 estaba despojada de su capítulo programático final ("Presente y porvenir"), quizás porque al comienzo de su presidencia Sarmiento no quería ser confrontado con sus viejos programas. La cuarta edición, publicada el año en que terminó su mandato, sí contenía el capítulo faltante, que podía ser presentado entonces como prueba del vigor de las intenciones y visión de Sarmiento.¹ Su presidencia estuvo cargada de enormes problemas como las epidemias de cólera y fiebre amarilla, la Guerra con el Paraguay, conflictos pendientes con caudillos como López Jordán y los Taboada, la resurgencia de la resistencia indígena conducida por el poderoso cacique Cal-fucurá, enfrentamientos fronterizos con Chile, y la cuestión apremiante de la pobreza nacional. No obstante, Sarmiento se recuerda como un presidente progresista gracias a sus logros en el campo de la educación, a la fundación de instituciones nacionales, a importantes avances en legislación, y a grandes mejoras en las áreas de salud pública, obras públicas (especialmente construcciones de vías férreas) y desarrollo rural.² Al cierre de su término, en 1874, en palabras de Roberto Cortés Conde, "el crecimiento económico ponía a la Argentina entre las naciones que tenían el ingreso per capita más alto del mundo".³ Pese a los conflictos, entonces, no podía negarse que las proclamas modernizadoras, "civilizadoras", del *Facundo*, habían sido la fuerza impulsora detrás de esta presidencia. Siendo apenas el segundo presidente de una Argentina unida, previamente desgarrada por los conflictos entre Buenos Aires y la Confederación en la era posterior a Caseros, Sarmiento hizo mucho por reforzar un estado centralizado y echar los cimientos a la empresa cultural y nacional de la década de 1880. Quizás ninguno de sus esfuerzos dio un fruto tan rico como el educativo, pues la producción de una alta cultura normalizada, homogénea y sostenida desde un centro, es un paso

preliminar crucial en el camino a la solidificación de la legitimidad nacional.⁴ La fundación de escuelas, las instituciones para preparar maestros, las bibliotecas públicas, junto con la reunión de material y equipo didáctico, ayudaron a pavimentar el camino a la cons titución de la Argentina moderna, al actuar como fuerza central unificadora con la que superar la fragmentación local de los días del caudillismo.

Irónicamente, fue necesario que Sarmiento abandonara el poder político para que sus logros fueran elogiados y sus escritos canonizados. Pues el prestigio del primer magistrado hizo poco por acallar las incansables voces opositoras en el Congreso y la prensa, en gran medida encabezada por su ex amigo y aliado político, Bartolomé Mitre. Sarmiento tuvo que bajar del podio del debate público para que su figura se volviera un símbolo nacional. Aun después del final de su presidencia tuvo que enfrentar graves disgustos en sus asuntos públicos: varias de sus candidaturas fueron derrotadas, y se vio obligado a alejarse de *El Nacional*, el diario en el que seguía expresando sus opiniones, porque su propietario y director objetaba su oposición a la candidatura presidencial de Juárez Celman.

Pero cuando se apartó del centro de la escena de la política nacional, las cosas empezaron a cambiar. En 1884, regresando de viajes a Uruguay y Chile, al pasar por Mendoza y San Juan Sarmiento fue saludado con la clase de ovaciones que se reservaba a los héroes nacionales. En su provincia nativa, los maestros de escuela habían preparado dos arcos de triunfo, con los alumnos bordeando las calles y multitudes entusiastas vivándolo.⁵ En 1885, el Congreso votó, y el Presidente Roca refrendó como ley, la publicación de sus *Obras Completas*, que sería emprendida por Luis Montt. Un artículo en *El Nacional* llamaba al *Facundo* "el *Quijote* de América".⁶ Un grupo de estudiantes lo aclamaron en los festejos de su septuagésimo séptimo cumpleaños. Cuando su salud se deterioró y los médicos le sugirieron que pasara los inviernos en el clima más cálido del Paraguay, los partes de su estado de salud eran telegrafados al presidente Juárez Celman, y seguidos con interés por la prensa.

Tras su muerte, la figura de Sarmiento fue monumentalizada. Los diarios en cada rincón de la República, desde Salta a oscuras ciudades provinciales como Mercedes y Carmen de Patagones, informaron de su deceso, e incluyeron largos y laudatorios artículos biográficos. Los elogios no tenían restricciones ni para el hombre

ni para sus libros: ahora Sarmiento era objeto de adoración nacional. *El Diario Popular* de Salta, por ejemplo, lo describía como "el hombre de estado eminente, el primer educacionista, el más noble apóstol de la civilización, el patriota que llena la historia de dos generaciones con su vida fecunda y ejemplar".⁷ *La Razón* de Montevideo publicó una pieza reveladora en la que el elogio al *Facundo* se duplicaba en tributo a su autor: "Muchos libros se han escrito en América más verídicos, inmensamente más completos y eruditos que el *Facundo*, pero ninguno con mas elevación de genio, con más colorido de frase ni en que más vigorosamente se desenvuelva la idea fundamental que domina la obra".⁸ La recepción dada a sus restos tuvo el aspecto de un culto nacional: como lo dijo un periódico, fue "una recepción imponente". No bien llegó a Buenos Aires la noticia de su muerte en Asunción, el Ministro de Guerra envió un barco a traer su cuerpo por el Río Paraná. A su llegada, fue saludado en el puerto con una procesion de delegaciones de diferentes instituciones, con discursos pronunciados por el Ministro de Educación Eduardo Wilde y por Carlos Pellegrini en representación del Senado. Los diarios muestran enorme cantidad de coches esperando en los muelles, así como las calles decoradas con señales de duelo y colmadas de gente. Hasta Paul Groussac, a quien Sylvia Molloy ha descripto hábilmente como "el mordaz crítico francés autodesignado mentor de la *intelligentsia* argentina",⁹ pronunció un discurso en el que hablaba en los más altos términos del hombre y de su obra maestra, *Civilización y barbarie*. *El Nacional* hizo un buen resumen de la ocasión titulado su artículo "La apoteosis de Sarmiento". Las derrotas de su vejez, las luchas de su presidencia, las rivalidades que habían estado en la raíz de muchas de las controversias en las que participó, todo quedó postergado, si no olvidado, en esta hora de adoración al héroe.

Esta aclamación fue resultado de un complejo sistema de relaciones entre poder, conocimiento, instituciones, intelectuales, cambios de población, y el Estado, que se cruzan a fines del siglo XIX en la Argentina. La autoridad concedida al hombre y sus escritos no fue una mera erupción nacida de las lágrimas del duelo; implicó la concurrencia de programas ideológicos entre el autor y la generacion de lectores que lo canonizaron en la década de 1880, en tanto parecieron estar poniendo en acción los protocolos de civilización descriptos en el *Facundo*. La consolidación de una ideología hegemónica que tuvo lugar en este momento debe mucho

al *Facundo*; el análisis que sigue intenta rastrear los puntos de convergencia que llevaron al status preferencial que se le acordó.

La postura hegemónica de la Generación de 1880 está enmarcada en el poder financiero y político de una burguesía terrateniente imbuida de ideas de progreso, civilización y su premaxia occidental. Centrada en la ciudad portuaria de Buenos Aires, tuvieron lo que Noé Jitrik ha llamado una "mentalidad de puerto", con los ojos en lo que estaba más allá de las costas del Hemisferio Sur, en las sociedades adelantadas del Norte.¹⁰ El suyo fue el predicamento usual de la sociedad postcolonial, que intenta ponerse a la altura de las normas dominantes en las potencias cosmopolitas, a la vez que se reconcilia con su propia inadecuación. El positivismo fue la matriz filosófica que articuló su fuerza impulsora: el llamado del progreso. Aquí el *Facundo*, como texto prepositivista, proporcionó un útil puente con las ideas spencerianas que tendrían tanta influencia en la escena intelectual latinoamericana. El mismo Sarmiento reclamaría para sí una mentalidad spenceriana en la última parte de su vida, declamándola a su modo habitualmente asertivo: "Con Spencer me entiendo, porque andamos por el mismo camino".¹¹ El impulso antihispanico del *Facundo* congeniaba con una tendencia filosófica que se remontaba a Francia e Inglaterra por sus raíces. En Francia, por supuesto, seguía una línea que unía a Saint Simon y Comte, cuyo lema de "Orden y Progreso" resonó profundamente en la oligarquía liberal¹² que emergía en la Argentina en los años ochenta. En Inglaterra, el evolucionismo progresivo de Herbert Spencer, que hace del progreso una ley universal, garantizaba el dominio de la civilización sobre los atavismos de la barbarie. El sentimiento de misión de la burguesía alentó el implante de modelos europeos de modernización y puso en práctica el lema acuñado por Alberdi: "Gobernar es poblar", tan poderosamente elaborado en el primero y último capítulos del *Facundo*. Si bien durante la presidencia de Sarmiento se tomaron medidas para alentar la inmigración, fue en realidad en los años ochenta cuando dieron fruto: en 1889 el año récord, entraron doscientos mil inmigrantes (mientras que en la década de 1850 había habido un total de cinco mil).¹³ Aunque este aumento de inmigración presentaría problemas en el futuro, en su fase inicial fue considerado como parte de una bienvenida señal de crecimiento demográfico y desarrollo que fue acompañado por inversión extranjera e importantes exportaciones. La economía mostraba cifras impresionantes: en 1869, las importaciones y

exportaciones totalizaban 37 millones de pesos oro; en 1880, 104; y en 1889, 250.¹⁴ El éxito en atraer inversión extranjera hizo posibles los proyectos de modernización. La mayoría fue emprendida con fondos reunidos por compañías inglesas, especialmente Baring Brothers, que jugó un papel importante en la construcción de ferrocarriles. El ferrocarril, ese poderoso signo de progreso que tan profundamente cautivó la imaginación latinoamericana del siglo XIX, fue visto como la solución a la falta de comunicación y sociabilidad que deploraba Sarmiento en el *Facundo*. El gobierno nacional promovió una verdadera fiebre de construcción de ferrocarriles: sólo entre 1887 y 1889 se aprobaron sesenta y siete concesiones nacionales para construcción de vías férreas.¹⁵ Como la baja en el costo de transportes era una de las precondiciones para el desarrollo de una economía de exportación, la extensión de las vías férreas fue considerada clave del futuro de la nación. Además, como se incorporó mucha tierra a las fronteras nacionales después de la Campaña del Desierto, el ferrocarril ayudó a tomar posesión de los nuevos territorios. Un ejemplo adecuado es el Ferrocarril del Sur, que en la década de 1880 agregó un total de mil doscientos kilómetros de vías férreas para cubrir la zona que había sido tomada a los indios.¹⁶ La "fiebre del ferrocarril" llegó a tales proporciones en la Argentina que a comienzos de la década de 1890 se habían trazado más de trece mil kilómetros de vías, lo que es una cifra excepcional aun para las normas metropolitanas.¹⁷ Sus consecuencias fueron muchas; entre ellas estuvo la creciente dependencia del país al capital extranjero, la declinación de las industrias regionales del interior, y la creciente centralización de la economía en Buenos Aires, que era el eje radial del sistema de ferrocarriles.

Fue en 1880 que se cerró el prolongado debate por la ciudad capital, y Buenos Aires se volvió asiento de las autoridades federales. Sin entrar en el debate mismo, que ha sido ampliamente cubierto por la bibliografía sobre el período, es útil considerar las implicancias de privilegiar el espacio urbano que iba junto con la capitalización. La centralización del Estado previamente mencionada fue alentada por tener los asuntos de gobierno ubicados en la poderosa ciudad puerto, la cual, a su vez, se volvió objeto de proyectos de embellecimiento e iniciativas de obras públicas. En el viejo debate entre la ciudad y el campo, se estaba formando una nueva relación del Estado con el espacio urbano, privilegiando más aun a la ciudad. La Buenos Aires de los años ochenta fue la ciudad

elegante planeada por el Intendente Torcuato de Alvear, cuya visión del espacio fue tomada del París de Haussmann. Iluminación a gas, imponentes edificios públicos, tranvías, y otras marcas de modernización evocaban el París del Segundo Imperio que tan brillantemente ha descrito Walter Benjamin. La alta burguesía cuyas mansiones alojaban valiosos objetos comprados en Europa dio la espalda al campo del que emanaba su riqueza. En un gesto concomitante, la labor del inmigrante fue valorada sobre la del gaucho, cuya mala voluntad para trabajar había sido criticada en el *Facundo*.

En su urgencia por lograr la consolidación nacional, la Generación del Ochenta produjo mucha legislación que dio forma a la sociedad civil. Aferrada a los principios racionales del positivismo, pero también con el compromiso de atraer inmigrantes del Norte de Europa, sus miembros formularon y votaron leyes que socavaban los fundamentos de la influencia de la Iglesia Católica en educación y cuestiones civiles. Esto no se realizó sin acerbos debates que polarizaron el discurso público entre católicos y modernizadores. Una medida crucial fue la promulgación de la Ley 1420, en 1884. Además de hacer obligatoria y gratuita la escolaridad, decretaba la autoridad del Estado sobre todas las materias relacionadas con la educación, garantizando con ello que la Iglesia no restringiría la libertad religiosa necesaria para alentar la inmigración protestante. La Ley 1420 es el brote legal de la empresa educacional de Sarmiento, y su formulación está ligada con la fundación en 1870 de la Escuela Normal de Paraná, que se volvió un bastión de la transmisión de principios positivistas en el campo de la educación. Como director del Consejo General de Educación, puesto que ocupó en 1881, Sarmiento preparó el camino para la aprobación final de la ley en 1884. Dentro del mismo marco ideológico, se aprobaron leyes que institucionalizaban el matrimonio civil y el Registro Civil. Podría sospecharse que el anticlericalismo de Sarmiento (pese a sus lejanas raíces iluministas) estaba ganando la partida.

Muchas otras medidas tomadas en este período dan prueba de la voluntad de construir la nación moderna. Como lo ha puesto en claro Nicos Poulantzas, uno de los argumentos aducidos para hacer de la unidad económica un aspecto central de la consolidación nacional es la necesidad de la unificación del mercado interno por la unión monetaria: "El Estado mismo trabaja para constituir la nación moderna en su dimensión económica homogeneizando, bajo

la égida del capital, el espacio de circulación de bienes y capital".¹⁸ A este fin, la administración de Roca estableció el "sistema monetario patrio", creando el "peso argentino", que valía cinco pesos oro. Tomado en conjunto con la construcción del ferrocarril y la centralización de los derechos aduaneros en la recién establecida capital federal, estas medidas facilitaron sustancialmente el camino para el flujo de bienes y la consiguiente participación en la circulación internacional de capital.

Pero Poulantzas afirma que otros desplazamientos más sutiles tienen un papel importante que jugar en la formación nacional: son los "cambios más fundamentales en las matrices conceptuales subyacentes de espacio y tiempo".¹⁹ La cuestión del espacio resuena de modo interesante con el tema de fronteras y territorio nacional que tan agudamente ocupó la atención del gobierno en este período. Más que consolidar una unidad nacional ya conformada, la Argentina moderna de la década de 1880 inició el proceso de la construcción esta unidad. De ahí el poderoso impulso detrás de la aclamada *Conquista del Desierto* de 1879 (en realidad, no fue coincidencia que la credencial clave para la elevación de Roca a la presidencia fuera su dirección de esta Campaña); el esfuerzo por ocupar el territorio del Gran Chaco en el Norte, habitado por los indios tobas, matacos y mocovíes (ocupación que, aunque iniciada en 1884, no tuvo éxito hasta 1911, después de muchas sangrientas batallas); los numerosos viajes emprendidos por exploradores, geógrafos y naturalistas para reconocer áreas hasta entonces inexploradas e incorporarlas a la economía nacional abriendo caminos, hallando tierras fértiles y haciendo factible su ocupación. Lo que ha sido bien llamado la "conciencia territorial"²⁰ emergente llevó a la publicación del *Atlas de la República Argentina* (1885-1892) y el *Mapa de la República Argentina* (1896), y a la creación de territorios nacionales en la Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, y Tierra del Fuego en el Sur y Sudoeste, y Misiones, Formosa, Chaco y Los Andes en el Norte. La preocupación por las fronteras no excluía las provinciales: se votaron leyes estableciendo límites entre las provincias de Buenos Aires, Córdoba, San Luis y Mendoza.²¹ Una creciente población se fijaba en el espacio, y se la mantenía unida con la fuerza centripeta de las fronteras institucionalizadas, a la vez que grandes extensiones de tierra nueva pasaban a formar parte de la economía central.

La matriz del tiempo tiene que ver, por supuesto, con las invenciones de la historia y la tradición, que fueron designadas

para almacenar la memoria de la nación y su pueblo. El discurso nacional emergente inscribió la tensión anticipatoria entre pasado y futuro, retratando el presente como la culminación de la legitimación política. La década de 1880 presenció la publicación de la *Historia de Belgrano* de Mitre y los volúmenes iniciales de la *Historia de la República Argentina* de Vicente Fidel López.²² La obra de Mitre es particularmente reveladora de las estrategias a través de las cuales se construye la identidad nacional; como ha argumentado energicamente Tulio Halperín Donghi, el logro ejemplar de Mitre fue pintar el presente como síntesis de todas las fuerzas en contienda.²³ No obstante, si bien esta visión exitosa constituyó el locus de sentido para la nacionalidad, estuvo apoyado en una idea política de narrativa historiográfica que ya no podía ser sostenida cuando la concepción romántica del discurso histórico que la había sustentado estaba desvaneciéndose.²⁴ Además, en un momento en que la escena política no reflejaba la idea de la democracia orgánica que había sustentado la *Historia de Belgrano*, la política difícilmente podía sostenerse como un paradigma mediante el cual producir la imagen de la nación. De hecho, la posterior *Historia de San Martín* de Mitre muestra señales del debilitamiento del impulso de este marco narrativo político. La salida de esta impasse, sugiere Halperín, fue proporcionada por Sarmiento en su *Conflicto y armonías de las razas en América*, donde desplegó las herramientas de la nueva ciencia social; yo diría que lo mismo hizo en el *Facundo*, aun cuando este libro también fue producto de la historiografía romántica. Lo que ofrecía la primera obra era la energía explicativa de sus reflexiones antropológicas y sociológicas; perturbadoras como habían sido para lectores como Alsina y Alberdi, podían ser vistas como modelos para los lectores de la década de 1880, que buscaban nuevos caminos para codificar el discurso nacional. De hecho, la ubicación estratégica del *Facundo* fue reforzada por su versión modernizada, *Conflicto y armonías*, que bien podría describirse como la reescritura hecha por Sarmiento de su viejo libro. Los dos libros proporcionaron una matriz para visiones alternativas de la historia, una matriz que fue reforzada por la prevalencia de su programa ideológico.

Un caso ilustrativo es el de la obra temprana de José María Ramos Mejía, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (1878-1882), escrita, puede decirse, bajo la tutela de Sarmiento. Como confiesa José Ingenieros en su introducción a

la tercera edición de 1927, Ramos Mejía y sus contemporáneos "de Sarmiento recibían el doble impulso de la acción y del ideal".²⁵ pues les dio no sólo apoyo intelectual, sino que también puso a su disposición las páginas del diario *El Nacional* para la publicación de sus escritos. Si en 1927 Ingenieros juzgaba los esfuerzos de jóvenes como Ramos Mejía, Pellegrini, Lucio López, Cané y Gallo como prueba de un "despertar intelectual" característico de "la que en otra ocasión he denominado la generación 'del ochenta'",²⁶ estaba dispuesto a ver el fenómeno como resultado de los esfuerzos de Sarmiento: "Esta renovación intelectual se operó, en buena parte, bajo la tutela de Sarmiento; muchos años bregó por introducir al país sus elementos iniciales".²⁷ Ramos Mejía exhibe ideas tomadas de Comte, Charcot y Claude Bernard, respecto de la biología, la frenología y las enfermedades nerviosas, en el estudio de Rosas y de otras personalidades de la historia del siglo XIX. Prueba del apuntalamiento psiquiátrico de su estudio son los títulos de algunos de los capítulos: "El histerismo de Monteagudo", "El delirio de las persecuciones del Almirante Brown", o "La melancolía del doctor Francia". La primera parte del libro está dedicada al estudio de los muchos desórdenes nerviosos de Rosas, que incluyen nada menos que un virus epiléptico, ataques de neuropatía, inclinaciones homicidas e imbecilidad moral. Si bien esto parece estar muy lejos del molde conceptual en el que Sarmiento funde al *Facundo*, la huella de este libro es claramente visible en el texto de Ramos Mejía. Para empezar, repite la presentación apasionadamente negativa del dictador de un modo sorprendente: parecería como si la casi exclusiva fuente de Ramos Mejía para el estudio del período de Rosas hubiera sido el *Facundo*. Hay frecuentes referencias explícitas al libro, algunas tomando a Facundo Quiroga como ejemplo del terror al que estaba sujeta la población, y sus efectos sobre la psicología colectiva. Sarmiento mismo quedó desalentado por la imagen desfigurada de su propio escrito que le devolvía el de Ramos Mejía, y oblicuamente aludió a sus propias exageraciones reprimiendo a Ramos Mejía: "Preveríamos al joven autor que no reciba de buena ley todas las acusaciones que se han hecho a Rosas en aquellos tiempos de combate y lucha por el interés mismo de las doctrinas que explicarían los hechos verdaderos."²⁸ El consejo del polemista arrepentido hace poco por aminorar el impulso formador de leyenda de su libro de cuarenta años atrás. Pero habla del poder que ejerció en las formas de representación histórica que se estaban conformando en la década de 1880 afiliándose con

otras obras y públicos. En un sentido más general, arroja luz sobre los modos en que la cultura se transmite y reproduce.

En esta época el *Facundo* parece generar una intensa reproducción cultural, si hemos de juzgar por la publicación de una cantidad de libros centrados en Rosas que llevan su impronta ideológica. Esta tendencia editorial tiene que ver con la poderosa combinación de un libro influyente y un dictador firmemente ubicado en la imaginación colectiva.²⁹ Entre esos libros podrían mencionarse *Rosas y su tiempo* (1907) de Ramos Mejía, *La dictadura de Rosas* (1894) de Mariano Pelliza, y, algo más tarde, *Historia de Rosas* (1919) de Manuel Bilbao. Hasta un libro que trata principalmente del *Dogma Socialista* de Echeverría, por Ernesto Quesada, lleva el título atractivo (aunque indudablemente engañoso), de *La política liberal bajo la tiranía de Rosas* (1873). En una vena populista, *Juan Manuel de Rosas: los dramas del terror* (1882) de Eduardo Gutiérrez, daba una versión mitificada y altamente dramatizada de la dictadura bajo el reinado del terror.³⁰

Al ser la tradición esencialmente plural, también produjo en esta época textos contrahegemónicos que articularon las voces de la resistencia. Dejando de lado la voz alta y clara de la vigorosa literatura gauchesca, cuyo epítome es *El gaucho Martín Fierro* (1872 y 1879),³¹ fue en esta época, en 1881, que Adolfo Saldías publicó el primer volumen de su ambiciosa *Historia de la Confederación Argentina: Rosas y su época*. Antes, Lucio V. Mansilla había publicado su ambivalente y a veces cuestionador *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), que a menudo puede leerse como un diálogo apasionado entre el autor y el presidente Sarmiento. *Solané*, una pieza teatral publicada en 1881 por Francisco F. Fernández, y basada en hechos que tuvieron lugar en Tandil a comienzos de 1872, es una denuncia en forma dramática de las políticas europeístas alentadas por el legado de Sarmiento en su espuria dicotomía entre civilización y barbarie.³² No falta material para probar que aun en el momento en que estaba siendo canonizado, el *Facundo* estaba siendo cuestionado.

El abarcador paradigma positivista, que parecería emerger de la empresa de la Generación de 1880, desmiente su conciencia profundamente dividida. El impulso hacia el progreso y la realización nacional es predicado en realidad sobre las trampas de la fórmula dicotómica de Sarmiento, que ha sido internalizada de modo que guía la interpretación de la realidad en términos polarizados. Los argentinos de 1880 se ven capturados en

oposiciones binarias proliferantes, que son los engendros intelectuales de la dominante, propuesta como la clave interpretativa en el *Facundo*. Derivan de ella las oposiciones entre campo y ciudad, gaucho e inmigrante, agricultura y ganadería, Argentina y Europa, Norte y Sur, materia y espíritu. El movimiento maniqueo desestabiliza la solidez aparente de la construcción de la nación, y cuando es desafiada por las relaciones emergentes sociales, políticas y económicas, recurre a desplazamientos en el mapa ideológico que alteran significativamente su configuración. El año 1890 puede ser elegido como el punto de inflexión para el desmantelamiento de la exterioridad del éxito. El capítulo siguiente muestra un panorama de los modos en que enfrentó la cultura las diversas formas de dislocación que siguieron.

El resto del presente capítulo se ocupará de tres textos muy diferentes que hablan de los modos variados en que el *Facundo* se afiló con su público, y el modo en que fue usado para construir representaciones del yo y la nación. Como libro canónico, es leído bajo la égida de su autoridad: en algunos aspectos, muestra lo que puede decirse, creando las condiciones para la producción de otros discursos dentro del campo. El primer texto que examinaré es *Conflicto y armonías de las razas en América*, del propio Sarmiento. Me interesa desde el punto de vista de una relectura/reescritura del *Facundo* producida en condiciones materiales diferentes (de hecho, el contexto de producción ha cambiado sobremanera en los cuarenta años que separan ambos libros), dentro de diferentes formaciones disciplinarias. Después tomo *La tradición nacional* de Joaquín V. González, al que veo como un ejercicio de ingeniería cultural y social destinado a organizar e institucionalizar la tradición argentina, y rastroo las huellas del *Facundo* en esta operación. Por último, mi lectura de *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla observa los puntos de resistencia desde los cuales puede cuestionarse la vigorosa autoridad de un clásico.

El *Facundo* envejecido: *Conflicto y armonías de las razas en América*

Al comienzo del último libro importante de Sarmiento hay una pregunta que dramatiza de modo tan certero la experiencia problemática de la nación que quiero citarla completa:

?Somos europeos?—¡Tantas caras cobrizas nos desmienten!
 ?Somos indígenas?—Somrissas de desden de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta.
 ?Mixtos?—Nadie quiere serlo, y hay millones que ni americanos ni argentinos querrian ser llamados.
 ?Somos nación?—¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento?
 ?Argentinos?—Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello.³³

Quedamos en una tierra de nadie, en el paisaje de lo indecible, exentos tanto de un origen como de una fuente viable de identificación. Antes que ser reunidos en los pliegues de la comunidad, parece sugerir Sarmiento, los argentinos están condenados a las disyunciones y a la separación. Ni siquiera la certeza de un nombre común proporciona el ancla necesaria en el tiempo y el espacio; de ahí la urgencia de la pregunta por las fronteras ("hasta dónde") y la historia ("desde cuándo"). Concibe su predicamento en términos de lo que Partha Chatterjee llama "nacionalismo oriental", que "ha aparecido entre pueblos recientemente llevados hacia una civilización ajena a ellos, y cuyas culturas ancestrales no están adaptadas al éxito y la excelencia según ... normas cosmopolitas y cada vez más dominantes".³⁴ A diferencia de los practicantes del nacionalismo oriental, entonces, Sarmiento no puede retroceder ante la idea de una identidad preexistente que podría ser reequipada para llenar las exigencias de la modernización, dado que la razón misma de su preocupación es la falta de una base cultural o étnica sobre la cual construir la conciencia nacional. Nos preguntamos, entonces, por la estrategia conceptual que despliega Sarmiento para hacer frente a sus preguntas, y por su inserción en el marco ideológico que lo sustenta.

Conflicto y armonías se propone como una relectura del *Facundo*, como una nueva versión, transformada y madurada, del texto anterior: "Tiene la pretensión este libro de ser el *Facundo* llegado a la vejez. Es o será, si acierto a expresar mi idea, el mismo libro científico, apoyado en las ciencias sociológicas y etnológicas modernas."³⁵ Es un tanto intrigante que este *Facundo* envejecido formule de modo tan presciente la cuestión de la nación como problema en 1883, cuando la creencia en un estado argentino consolidado movilizaba a la mayoría de los miembros de la Generación de 1880, optimismo que no perdió su atractivo hasta la década de 1890 y los primeros años del siglo XX. Aparte del hecho

de que la perspicacia de Sarmiento le permitía percibir las ambivalencias que habitaban la idea de la nación antes aun de que se hicieran muy evidentes, podemos especular aquí que hubo otros motivos en acción. Un pasaje revelador sugiere una comparación con los logros de su presidencia, que terminó en 1874: "Tenemos este año la renta de 1873. La educación común ha decrecido; y la inmigración es hoy de la mitad de la cifra que alcanzó entonces."³⁶ La desalentada visión de la Argentina que presenta este libro, entonces, podría verse como el discurso de la oposición a la presidencia de Roca, un discurso que Sarmiento articuló vigorosamente en las páginas de *El Nacional*, y, antes, de *El Censor*. Bien podría estar sugiriendo que desde su alejamiento del cargo las ruedas del progreso habían dejado de girar; respuesta probable a sus derrotas electorales en los primeros años de la década de 1880. Además, es notable que las afirmaciones de Sarmiento respecto de la economía, la educación y la inmigración no estén limitadas por el registro de crecimiento que caracteriza el período. Parecería que estaba anticipando en una década los problemas que exigirían la atención pública en 1890: una ceguera a los logros del presente, quizás, o bien anticipación de las dificultades del futuro.³⁷

Si, como he venido afirmando la Generación de 1880 pareció haber encontrado inspiración en el *Facundo* para su impulso modernizador, ¿Sugiere acaso *Conflicto y armonías* que el libro anterior había sido mal leído? ¿Cómo encara el espacio conceptual que separa la visión de 1845 de los resultados que engendró en 1880? Una posible respuesta emerge de la confrontación de los dos libros. El capítulo final del *Facundo*, "Presente y porvenir", da una clave de la disyunción entre el programa y su ejecución. Anticipando la caída de Rosas, Sarmiento considera la llegada masiva de inmigrantes industriales que realizarán el milagro de la modernización en un lapso de diez años: "La inmigración industrial de la Europa se dirigirá en masa al Río de la Plata; el Nuevo Gobierno se encargará de distribuirla por las provincias: los ingenieros de la República irán a trazar, en todos los puntos convenientes, los planos de las ciudades y villas que deberán construir para su residencia, y terrenos feraces les serán adjudicados, y en diez años quedarán todas las márgenes de los ríos cubiertas de ciudades, y la República doblará su población con vecinos activos, morales e industriales."³⁸ Esos activos inmigrantes proporcionarían lo que le faltaba a la nación

emergente: un millón de hombres civilizados "enseñándonos a trabajar, explotando nuevas riquezas y enriqueciendo al país con sus propiedades". ¿Cómo podía escaparse el éxito? El problema, por supuesto, era que el grueso de la masa inmigratoria no estaba constituida por gauchos escoceses y alemanes. En *Conflicto y armonías* Sarmiento expresa su desilusión con el fracaso de la región para proveerse del "privilegio sajón" tan exitosamente como había logrado hacerlo Norteamérica: esto ayuda a explicar la disyunción entre los dos libros.

También explica lo que podríamos llamar el desplazamiento de paradigma entre ellos: el primer libro, producido bajo la égida del Iluminismo y las formaciones culturales románticas, es reemplazado (si no superado) por uno que se basa en un positivismo imbuido de evolucionismo darwiniano y pensamiento spenceriano. La influencia de la tierra y la geografía es desplazada por la raza como código maestro explicativo. De ahí los muchos pasajes poco digeribles que manchan *Conflicto y armonías*, ya que todo se basa en la hipostasiada inferioridad racial que aflige a Hispanoamérica. Mientras el *Facundo* había jugado con la oposición binaria de barbarie y civilización, *Conflicto y armonías* pone en escena una tensión conceptual entre Norte y Sur: la polarización sigue firme. La historia está enmarcada por la autoridad conceptual de la raza, y la raza es la forma de representación que explica el éxito político del Norte y el fracaso del Sur. Nancy Stepan ha demostrado la importancia de una teoría racial de la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX, y su conexión con el pesimismo biológico. Con las raíces en la creencia de la fijeza de las naturalezas raciales, la ciencia racial superó el poder explicativo de los paradigmas cultural y social. Repitiendo al prominente anatomista escocés Dr. Robert Knox, Sarmiento ahora sostiene la creencia muy difundida de que la clave de la historia y el destino humanos se encontraba en los distintos tipos raciales. No es accidental que este cambio de paradigma, que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX, explique algunas de las diferencias que separan a *Facundo* y *Conflicto y armonías*.³⁹ No debemos olvidar que el entusiasmo de Sarmiento por las ideas de Darwin le daba un lenguaje científico con el que expresar viejos prejuicios, ya que se hacía posible calificar como "inferiores" a aquellas razas que hubieran subido menos en la escala evolutiva.

La organización del libro está subordinada a la dicotomía Norte/Sur: después de un capítulo introductorio que se ocupa de las razas

sudamericanas (quichuas, guaraníes, araucos pampeanos, razas mezcladas, y negros), sigue una segunda parte sobre las razas en Sudamérica y una tercera sobre las razas en Norteamérica. Retrocediendo hasta los orígenes de la raza aria, y aun resumiendo algunos de los hechos claves en la historia europea (como las Cruzadas, el Renacimiento, los descubrimientos de científicos y exploradores), Sarmiento intenta presentar los hechos de la historia mundial de modo tal de mostrar que al Norte le fue tan bien porque fue colonizado por una raza superior que evitó el mestizaje. Lo que sigue es un ejemplo chocante de su razonamiento: "El norte-americano es, pues, el anglo-sajón, exento de toda mezcla con razas inferiores en energía, conservadas sus tradiciones políticas, sin que se degraden con la adopción de las ineptitudes de raza para el gobierno, que son orgánicas del hombre prehistórico, bravo como un oso gris, su compañero de vida en los bosques de los Estados Unidos, ... perezosos, sucio, ladrón como en las pampas y ebrio y cruel en todo el mundo."⁴⁰ En esta vena, describe las características y hazañas de los quáqueros, los puritanos, y figuras patrióticas como William Penn, Madison, Monroe y los Adams. En una mezcla un tanto confusa de enfoques social, cultural y político, Sarmiento concluye esta sección con una cantidad de documentos del siglo XVII destinados a mostrar la organización política de Connecticut y Rhode Island: presumiblemente, su calidad de ejemplares los haría pertinentes. La mitad sur del hemisferio, inferior, está condenada por la doble maldición del sustrato indio y el colonizador hispánico: ¿En qué se distingue la colonización española? En que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la Edad Media al trasladarse a América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil."⁴¹ De ese modo, el libro de Sarmiento desarrolla el discurso de la inferioridad del Sur, poniendo a las dos partes del continente una contra otra y desplegando las herramientas epistemológicas de su época para dar un informe determinista de la muy negativa influencia de España en sus colonias, la perversidad de la Iglesia y la Inquisición, y la falta de madurez política que lastró a sus colonias. Ni siquiera los movimientos de independencia reciben crédito por sus logros: Sarmiento afirma que estuvieron despojados de conciencia política, a diferencia de las colonias norteamericanas, que lucharon por su independencia para defender una cuestión de ley constitucional. Parece profundamente contradictorio que se adoptara el discurso de la supremacía occidental para articular un tratado sobre

las naciones latinoamericanas. El libro parece condenado por la pregunta con la que se abre: la posición de sujeto de Sarmiento es desplazada desde su suelo nativo, en busca de soluciones en el Norte. No es por azar que estuviera dedicado a Mary Mann: lectores arraigados en el bienestar de una cultura superior podrían encontrar más congenial la lectura de *Conflicto y armonías*. Ni es sorprendente que este "Facundo envejecido" nunca haya sido plenamente aceptado en el canon de la literatura argentina: contiene una pintura demasiado oscura de la nación en un momento en que la necesidad de tradición difícilmente podía acomodar el discurso de la inferioridad. De hecho, el sentimiento de desplazamiento que prevalece en él sugeriría una posición enunciativa establecida en el discurso del imperialismo. Esto se hace sobremañera claro en algunos pasajes marginales que tratan de la raza negra y la conquista de África y la India. No es fortuito que este libro, terminado en 1882, avance algunas de las ideas que sustentaron la "era del imperio" que se considera que empezó formalmente en 1878, con el reparto del África.⁴² El compromiso de Sarmiento de toda su vida, de asimilar la cultura hegemónica, lo vuelve a veces un ventrilocuo de ésta, y le da "ojos imperiales" para mirar al continente africano como el espacio para el expansionismo comercial e imperial⁴³: "...los representantes de la Italia, de la Prusia en otras direcciones, la Francia prolongándose al Sur desde sus posesiones de África proyectando ferrocarriles, y aún la Inglaterra en el África blanca, o felata, o árabe, del Mediterráneo, como en el extremo Sur, con Setiwayo, y las costas orientales del Zambeci, y las minas de Diamantes, el mundo sólo está lleno de los rumores de África, de los descubrimientos, grandezas, esplendores del África, porque todos sienten que le ha llegado su hora de justicia, dignidad y reparación."⁴⁴ Habiendo leído a Harriet Beecher Stowe (a la que cita en considerable extensión) y habiendo vivido en los EE.UU. después de la derrota del Sur, Sarmiento está dispuesto a agitar la bandera del movimiento antiesclavista, pero es ciego a las implicaciones de la empresa mercantil expansionista de Livingstone y Stanley, o de la construcción de imperio de Brazza. En lugar de ello, los retrata como hombres que preparan el futuro del África, presumiblemente inspirados por motivos filantrópicos.⁴⁵ Con el libro europeo siempre en la mano, Sarmiento lee a su nación desde el punto de vista provisto por él, en un diálogo con el lector norteño ideal (la Sra. Mary Mann). No sorprende que quede enredado en la paradoja que

plagó al movimiento abolicionista, que cuestionaba los fundamentos morales de la esclavitud mientras sostenía la creencia en la inferioridad de las razas no europeas.

Montado al discurso imperialista de fines del siglo XIX, podría decirse que *Conflicto y armonías* borra los gestos fundacionales de su versión juvenil. Si *Facundo* había señalado el poder de la naturaleza y la lucha entre la civilización y la barbarie como la piedra de toque para una literatura nacional,⁴⁶ este *Facundo* envejecido le da la espalda a esas escenas para concentrarse en el éxito logrado en otro lugar. Este es apenas uno de los modos posibles en que el *Facundo* pudo haber sido releído o reescrito: es el modo en que la máquina de la apropiación cultural foránea ha empezado a girar en un vacío, y ha terminado desplazando el sitio de enunciación. Sarmiento produce una interpretación de su nación (y el continente Sudamericano) que comparte los archivos disciplinarios de su tiempo, pero que lo mutila de su discurso nacionalista emergente: consumir cultura importada en la periferia puede producir una identidad histórica dividida. Una sugerente revelación de esta disyunción es la invectiva contra *La Araucana*, presentada como un poema sobre una nación india que tuvo el poder de detener la conquista, dándole con ello a la literatura el efecto perverso de socavar la conquista europea:

Desgraciadamente, los literatos de entonces, y aun los generales, eran más poéticos que los de ahora, y a trueque de hacer un poema épico, Ercilla hizo del cacique Caupolicán un Agamenon, de Lautaro un Ajax, de Rengo un Aquiles.... Desgraciadamente, tan verosímil era el cuento, que a los españoles que leían la *Araucana* en las ciudades les puso miedo el relato, ... y los reyes de España mandaron cesar el fuego y reconocer a los heroicos araucanos su gloriosa independencia, que conservan hasta hoy. ... Una mala poesía, pues, ha bastado para detener la conquista hacia aquel lado.⁴⁷

El prefacio de 1915 escrito por José Ingenieros pone a *Conflicto y armonías* como un texto compañero del *Facundo*, y hace su elogio porque el primero resuena en su lectura del segundo. Citando de un discurso de 1911, pronunciado en honor del centenario del nacimiento de Sarmiento, Ingenieros revela en qué medida el *Facundo* había sido incorporado al canon, y daba un código maestro para leer *Conflicto y armonías*. El encomio es tan hiperbólico que bordea lo ridículo: "En sus frases diríase que se vuelca el alma de la nación entera, como un alud. Un libro ... tórnase tan decisivo para la civilización de una raza, como la irrupción tumultuosa de

infinitos ejércitos. Y su verbo es sentencia: queda mortalmente herida una era de barbarie, simbolizada en un nombre propio. ... Sus palabras no admiten rectificación y escapan a la crítica."⁴⁸ El libro tardío es presentado como la evolución del juvenil, siguiendo el modelo positivista: de la filosofía de la historia, Sarmiento pasa a la sociología spenceriana. Lo que es elocuente es la asimilación a crítica del discurso racista que corre a través de *Conflicto y armonías*, por un hombre de ideas políticas progresistas y miembro del Partido Socialista. Un pasaje elegido para resumir la argumentación de Sarmiento revela la adhesión acrítica de Ingenieros: "Mientras que los ingleses tuvieron en Norte América hembras anglosajonas, conservando pura su psicología al conservar la pureza de su sangre, los españoles se cruzaron con mujeres indígenas, combinando sus taras psicológicas con las de la raza inferior conquistada..."⁴⁹ Evidentemente, la fuerza de pensamiento positivista podía dar cuenta de la continuada inmersión de Ingenieros en él y en la apropiación que de él hizo Sarmiento, pero en 1915 difícilmente podía haber una sincera aceptación del sentimiento antihispánico tan energicamente manifestado en *Conflicto y armonías*. Uno recuerda aquí la observación de Freud sobre los sentimientos polarizados que mantienen reunida a una comunidad: "Siempre es posible mantener unida a una considerable cantidad de gente que se ama, en tanto haya otra gente que reciba las manifestaciones de su agresividad".⁵⁰ El otro, personificado aquí como la mezcla racial de indio y español, sería rechazado en la creación del yo nacional. La intervención de Ingenieros en la circulación de este libro en 1915 es crucial para la comprensión de su prefacio: esta edición es parte del canon emergente de la literatura argentina, una de las "ediciones de obras nacionales" publicadas por La Cultura Argentina, una editorial que él dirigía. Dentro de esta colección, el libro tenía que mostrar su importancia para la empresa de construcción cultural. Ingenieros, hijo de un inmigrante italiano, proclama la solución que Sarmiento avanza en *Conflicto y armonías*, que no era otra que "la regeneración de la raza argentina, por la sustitución progresiva de nuevos elementos al mestizaje hispano-indígena".⁵¹ Expresa su lectura en los términos provistos por la eugenesia, que ganaba gran prestigio en las primeras décadas del siglo XX. Su huella es clara en la creencia de Ingenieros en la posibilidad de la mejora racial de la Argentina, promoviendo la cruzada de la población existente con ejemplares superiores. Si Sarmiento da el paradigma racial dentro

del cual Ingenieros puede insertar su propio programa de eugenesia, también lo lleva a la trampa constituida por la matriz disciplinaria que Ingenieros levanta para validar su discurso. Para reforzar la idea de que la mejora racial podría incluir a todos los inmigrantes en la regeneración del stock genético, Ingenieros termina su prefacio citando la admonición de Sarmiento de ser como los Estados Unidos, y lo refuerza en los siguientes términos: "Si. Seamos como ellos, una raza nueva desprendida del tronco caucásico, plasmada en una naturaleza fecunda y generosa, capaz de alentar grandes ideales de porvenir y de marcar una etapa en la historia futura de la civilización humana."⁵² La fuerza integradora del optimismo podía oscurecer la preferencia declarada de Sarmiento por los inmigrantes anglosajones: la maniobra final de Ingenieros, pese a la entusiasta cohesión que anticipa, en realidad destaca las contradicciones internas del intento de articular diferencias culturales, subrayando con ello las ambivalencias estructurales que acosan el concepto de la nación.

Las raíces del patriotismo: *La tradición nacional*, de Joaquín V. González

En llamativo contraste con el discurso pesimista de Sarmiento, Joaquín V. González inventa la tradición argentina celebrando precisamente las raíces étnicas tan estridentemente criticadas en *Conflicto y armonías*. Lo notable es que González produce un mensaje cultural tan diferente sin salir de la tutela textual de los escritos de Sarmiento.

La vida y los libros de González (1863-1926) son una parte importante de la Generación de 1880. Nacido, como Facundo Quiroga, en La Rioja, obtuvo un título de abogado en la Universidad de Córdoba y jugó un papel importante en la legislación y en la educación superior. Estuvo íntimamente asociado con la Universidad de la Plata, como Ministro de Educación en la época de su fundación, y después como su rector. Igual que Ricardo Rojas, cuya obra sería tan importante en la Universidad de Buenos Aires, la participación de González en la educación superior contribuyó a la construcción de una cultura nacional. Compartió los campos literario y jurídico; en el segundo fue autor del progresista Código de Trabajo promulgado durante la administración de Roca, como

respuesta a las demandas de cambio, y como alternativa a la violenta represión con la que se había enfrentado hasta entonces la inquietud laboral. Hay en González un interesante diálogo entre lo que puede considerarse una inclinación conservadora, en *La tradición nacional* (1888) y *Mis montañas* (1893), por una parte, y por la otra una clara conciencia de los cambios sociales y económicos que surgían del crecimiento del proletariado urbano, la inmigración y la industrialización. A diferencia de algunos otros miembros de su clase que recurrieron a la represión al enfrentar las demandas laborales, González optó por una estrategia de pacificación y trató de seducir a sus iguales a enfrentar el cambio en los siguientes términos: "A medida que las ignorancias y prejuicios de las clases superiores cedan su lugar a una conciencia más ilustrada sobre las fases científicas de la vida colectiva, su rigor desaparecerá, y en vez de las medidas de exclusión o represión violenta a manera de castigo o exterminio, se buscarán las soluciones jurídicas y las formas de la justicia que se avienen con todas las situaciones y conflictos entre los hombres y las clases."⁵³ Igualmente perspicaz de las necesidades de esta "vida colectiva" fue su recuperación de una cultura popular rural realizada en el momento en que sus formas ya no estaban verdaderamente vivas. Retrocediendo hasta lo que llama, en contraste con Sarmiento, "la gran nación quichúa", su ambicioso libro reconstruye las civilizaciones precolombinas en términos celebratorios, trazando su continuidad con una tradición nativista del siglo XIX. Como ha notado Angel Rama en *La ciudad letrada*, esta operación es un triunfo de la "ciudad letrada" en el momento de fin de siglo, cuando se están produciendo las literaturas nacionales.⁵⁴ Precisamente cuando el poderoso flujo migratorio provocó una revisión de lo que constituía la verdadera Argentina, la ciudad reinventa una comunidad usando los materiales provistos por el campo y su pasado distante. Esto obviamente implica un proceso de recuperación genealógica, que confiere al todo un sentido del enlace orgánico que une pasado y presente. La historia se reescribe en una vena positiva, promoviendo una experiencia de lo arcaico que está sobreimpuesta a lo moderno. Además, es vista como el sitio de la producción activa y consciente de un discurso literario que resultaría de una operación de exhumación del pasado. De ahí que sea creado por un esfuerzo colaborativo entre arqueólogo, historiador y poeta, y cruza los límites entre discurso ficticio y no ficticio, en un proceso cargado simbólica y emocionalmente. El

siguiente pasaje ilustra la convergencia de elementos que saca a luz González: "Si la literatura nacional no pudiera penetrar en el secreto de su pasado, y desenterrar de las huacas y los templos todos los tesoros del pensamiento quichúa, ¡qué espléndido campo, no obstante, encontraría para sus creaciones en lo que conocemos de él por los trabajos de arqueólogos e historiadores! ¡Cuánto personaje ya legendario, ya fantástico, ya histórico nos presenta la América desde los tiempos más remotos, que pudieran ser objeto de poemas inmortales en los que respiraría el genio indígena, la savia tropical, el perfume de las selvas!"⁵⁵ Obviamente, este programa sólo puede dar frutos si es acompañado por una reevaluación positiva del material a desplegar. González va mucho más allá que el mero reconocimiento de la fuente fértil provista por lo nativo; proclama su superioridad cultural en un intento de demoler la creencia en la supremacía europea que sustentaba al pensamiento liberal. Afirma que la poesía tradicional de naciones como Inglaterra, Alemania, Suiza y Francia palidecería en comparación con los tesoros a los que ha aludido.

La tradición nacional combina un enfoque programático con la real invención de una tradición, en el sentido esbozado por Eric Hobsbawm.⁵⁶ El libro está constituido por un esfuerzo de reunir los materiales a ser incorporados, mostrando su potencial para inspirar el efecto deseado: es realmente sobre los usos de la cultura. El inventario que traza cubre un variado espectro de prácticas: historia y poesía, pero también leyendas y canciones. Invita a los poetas a cantar la "leyenda de los Andes" invocando sus proporciones épicas: "El pensamiento humano no concebirá jamás otra epopeya mientras no se cante la leyenda de los Andes. Como el Cáucaso dio a Esquilo la colosal trilogía de Prometeo, el futuro poeta americano hallará en las cumbres andinas una trilogía épica tan grande como aquella..." (vol. I, pág. 69). Por momentos la prosa de González parecería invocar la voz poética de un Neruda en su *Canto general*, como cuando lamenta la ausencia de un testigo para mantener vivo el recuerdo de un pueblo perdido: "Y aquel gemido postrero de la América virgen... nadie ha recogido ni cantado, y las lágrimas de tantos mártires se secaron en su corazón, se fundieron en el fuego enemigo, o se multiplicaron en la esclavitud." (vol. I, pág. 71) Conciente del poder de lo emocional y lo simbólico en la elaboración de la tradición, González toma elementos del repertorio del pasado y el presente de la nación para alentar el amor al país, que él compara con la religión y que considera "la

primera necesidad del espíritu". La lectura de su libro produce tanto admiración por sus reflexiones sobre la necesidad de una construcción nacional, por una parte, como, por la otra, impaciencia ante la inflada retórica desplegada para articular esas reflexiones. Un lector del siglo XX se resiste a la hiperbólica insistencia con la que se invoca el sentimiento nacional, se siente tentado a leer "en contra" pasajes como el siguiente:

La República Argentina es esa estatua cincelada en el granito de los Andes, de cuyos flancos ciclopeos heredó sus formas rígidas y armónicas a la vez. Sus pies se asientan sobre una llanura surcada de ríos inmensos que tributan al mar, y bordada de selvas tropicales que mantienen la juventud eterna; su cabellera ondea sobre el dorso colosal, como un torrente despeñado de la montaña, y de su frente brota un relámpago que revela un cráter en el cráneo. (vol. II, pág. 277)

Cuando las emociones no son invocadas por la retórica, González vuelve la vista hacia el poder de lo misterioso, como cuando se detiene en el papel del demonio en la tradición literaria argentina (particularmente en el *Santos Vega de Obligado*), y en la percepción del mundo del campesino. Una larga exposición sobre brujas en culturas tanto europeas como precolombinas, concluye con la afirmación de que son parte del trabajo del demonio: "Satanás tiene sus brujas para manifestar por su medio las fuerzas mágicas de su sombría ciencia". (vol. I, pág. 153) En pasajes como éste, González se aparta de lo programático y se entrega al misterio que está tratando de evocar, como si lo hubiera seducido su propio ímpetu discursivo.

Una de las áreas en las que se aventura más asiduamente es, por supuesto, la histórica. Revisando el archivo de la historia colonial y el repertorio de figuras heroicas, González logra colocarse a sí mismo por encima o más allá del fragor de la lucha política para construir el culto de los héroes y las victorias militares. No obstante, González está firmemente asentado en el campo liberal, antirrosta, y su inclusiva galería de héroes y hechos heroicos es, como toda tradición, selectiva. Aun cuando se proclama a sí mismo abarcador de todos los ingredientes nacionales, se mantiene dentro de los límites provistos por la ideología que lo sostiene. Esto explica ocasionales contradicciones entre el objetivo profesado de producir un repertorio positivo e inclusivo de figuras nacionales y lo que podríamos llamar deslices derogatorios, racistas. Así, aunque se refiere a los gauchos, los indios, el pueblo de raza mestiza, y los

caudillos, en términos afirmativos, en unos pocos momentos queda apresado en el discurso racista de su época: si bien puede proclamarse, por ejemplo, el vigor étnico del gaucha en los siguientes términos: "El gaucha es el fruto genuino de la tradición, es el fruto lozano de la amalgama del indígena y del europeo", puede desmentir sus intenciones con pasajes como éste: "La religión de ese gaucha degenerado consistía en una idea vaga de los principios que animan la creencia, pero si arraigaban en su alma con fuerza las supersticiones estúpidas, degradadas por el alejamiento de los centros cultos. Dominando en ellos el instinto más que la inteligencia, la pasión más que el raciocinio, su religión era, en verdad, su rencor o su ambición..." (Vol II, págs. 63, 136).

Pese a estos marcadores ideológicos ocasionales, González apela a una postura celebratoria para reforzar su revisión de la historia. La nación argentina está enmarcada por la Revolución de 1810 en un extremo y Caseros del otro: "Caseros es el teatro de una nueva redención, como Mayo fue el espacio de una génesis". (Vol. II, pág. 275) Si en la interpretación de Sarmiento la Revolución de 1810 había carecido de madurez política, González en cambio la ve como un movimiento admirablemente iluminado: "Jamás una revolución humana fue más lógica en sus antecedentes". (Vol. I, pág. 25) Hasta las "masas" tan estridentemente criticadas tanto en el *Facundo* como en *Conflicto y armonías*, son vindicadas como formidables y vigorosas (Vol. II, pág. 133). Los héroes de las guerras de la independencia son celebrados con fervor. San Martín es santificado mediante una serie de manobras retóricas basadas en el símil de modo de igualarlo con la grandeza natural del paisaje en el que se realizaron sus grandes hazañas. Estrategias similares se usan para erigir las figuras de Belgrano, Brown, Bucharado y algunas otras menores, para darle a la nación los héroes necesarios provistos de la ejemplaridad deseada.

En esta empresa, González da entusiasta crédito a los autores que tuvieron la visión necesaria para anticipársele, como José Joaquín Olmedo u Olegario Andrade, que supieron cómo manipular la relación entre historia y poesía de modo de producir el aura del mito: "...tomando como base los hechos humanos y sociales, (la literatura tradicional) los explica, desenvuelve y adorna con la fantasía poética, que rodea como una aureola de luces y perfumes los acontecimientos de la vida de las sociedades en infancia". (Vol. I, pág. 133) La economía de tradición en acción aquí acomoda aun las fuerzas negativas que inspiran miedo o rechazo. Dado que la

tradición debe almacenar y elaborar una historia común, infundándole el poder de la fantasía y la emoción, González insiste en la necesidad de recordar y dar forma a su lado luctuoso. Lamenta la pérdida gradual de la memoria de los lamentables hechos que tuvieron lugar durante la era de la anarquía, pues ve en ellos la materia de una tragedia shakesperiana. En una notable manipulación de materiales culturales que podría parecer tomada de las técnicas del folletín tal como lo practicó con éxito Eduardo Gutiérrez (cuyo *Juan Moreira* fue serializado en la prensa periódica en los años 1879-1880), González proclama la necesidad de pavimentar el camino para la "religión del patriotismo" usando la imagen de los tiranos y la pintura de las escenas sangrientas:

...veréis siempre asomar la imagen de los tiranos y los cuadros de sangre, provocando unas veces el llanto, otras el horror, pero siempre la impresión dolorosa... (Vol. II, pág. 146)

El espectáculo de la patria desgarrada por sus hijos dispersos y ensañados con sus hermanos, nos impulsará a estrecharnos en un abrazo sublime. (Vol. II, pág. 147)

Para evocar tales sentimientos, construye una visión dantesca en la que pone en escena cuadros militares sucedidos por cataclismos y luchas civiles, completados con el humo rojo que emana de las profundidades de la tierra, gritos de agonía, reverberaciones sísmicas, y fantasmas ascendiendo en las sombras. Lo sublime romántico aquí en acción podría parecer una versión hiperbólica de las palabras iniciales de la introducción del *Facundo*, donde la "sombra terrible de *Facundo*" retiene los secretos sombríos que el libro intentará descifrar.

En realidad, pese al valor muy positivo asignado por González a lo rural y lo nativo, las secciones de su libro parecen tan inspiradas en el *Facundo* que el libro se lee casi como una reescritura de éste. En la tarea de erigir la tradición nacional, *Facundo* contiene una riqueza de materiales que puede ser apropiada independientemente del paradigma dentro del cual Sarmiento los haya insertado. En su intento de suspender las tensiones dicotómicas que habían escindido al *Facundo*, González le vuelve a dar forma con un gesto abarcarado destinado a promover el amor al país. Reconoce las fuerzas combinadas de lo estético y lo emocional para exhortar a sus conciudadanos a ser patriotas. Como no puede recurrir a la pasión romántica tan astutamente

manipulada por los novelistas que se habían embarcado en la misma empresa, tiene que arreglárselas con las emociones emparentadas del miedo, la tristeza, el dolor, el horror y la admiración.⁵⁷ Su efecto combinado tiende a subsumir la lógica exclusionista de la civilización contra la barbarie en un discurso presumiblemente regulado por la pasión nacional. Por momentos parece como si el punto de partida fuera el pasaje ya citado al comienzo del Capítulo 2 del *Facundo*, que sería un trampolín textual para una nueva versión muy sobreescrita.⁵⁸

González trabaja sobre los dos *loci* más fértiles de la representación: el escenario natural y el carácter de Facundo Quiroga. El primero es pintado en términos sarmientinos, caracterizado por la soledad y la extensión:

La soledad y la extensión ilimitada cavan simas profundas en los espíritus, y en ellas fermentan las pasiones y los instintos, hasta que la explosión necesaria se produce... (vol. II, pág. 16)

Pero esa lucha continuada y sombría por la vida, que se asemeja, por su aridez, a sus llanos sin verdura, engendra a veces el fatalismo indolente del árabe. (vol. II, pág. 189)

Numerosos pasajes como éstos atestiguan la presencia textual del *Facundo* en la obra bajo discusión. En cuanto a Quiroga mismo, la estrategia de representación de González consiste en llevarlo a las consecuencias extremas de lo que estaba esbozado en Sarmiento. Así, es presentado en términos de tragedia shakesperiana y de épica primitiva, de modo que pueda asimilarse a la genealogía de la nación. Como Sarmiento, González avanza una distinción entre la disposición fría y calculadora de Rosas y la espontánea y apasionada de Quiroga:

"(Rosas) es un degollador desalmado, cargado de sangre. ... Facundo, por el contrario, es el personaje de la tragedia shakesperiana, que no pierde su gravedad sombría, sino que va concentrándose cada vez más hasta que estalla en la catástrofe." (vol. II, págs. 197, 198)

En Quiroga, entonces, González encuentra la fuente de la construcción de la tradición, y recurre a ella incansablemente, elaborando las canciones populares que evocan sus hazañas, su tormentoso romance con Severa Villafañe, los muchos sitios devastados por sus fuerzas destructivas, y el pueblo que sufrió

como resultado de ellas. Su tono celebratorio le permite canibalizar los sucesos más horribles en el espíritu de incorporar "todo ese enjambre de seres fantásticos que cantan en la noche canciones arrobadoras" (vol. II, pág. 215). No es necesario decir que González se aventura desenfadadamente en los efectos mitificantes de la manipulación cultural, operando dentro de la conjunción retórica entre la pintura de grandiosos paisajes y su asimilación por la figura humana. El efecto monumentalizador resultante coincide, cosa que no puede sorprender, con el fin del poder de los caudillos y su receso al espacio inofensivo del mito. Los más de cuarenta años que separan el *Facundo* de *La tradición nacional* permitieron la evocación nostálgica de lo que en su momento había sido un problema de fragmentación nacional; en 1888 se había transformado en un mito que alentaba la cohesión. De ahí que la canonización probó ser una operación legitimadora: armoniza los materiales dislocados de la tradición sin sacrificar su potencia emocional.⁵⁹

De todos modos, el frenético elogio de González al libro contiene las semillas de una estrategia de destigmatización, que se volverá común en años posteriores. Destacando sus méritos literarios, socava su credibilidad en el terreno de la no ficción. Condenando a fuerza de elogios, poniendo a prueba la credibilidad del lector al equiparar al *Facundo* con el período dantesco que describe, González afirma: "Y cuando la verdad suele ser inarmónica a veces, la forma artística, porque la verdad suele ser inarmónica a veces, no duda un instante, y con el entusiasmo del artista, crea donde es necesario salvar el encanto estético" (vol. II, pág. 230). Como si no estuviera seguro de que el discurso literario puede proporcionar por sí solo la clase de entusiasmo nacional que quiere generar, González se vuelve al poder de lo religioso, con notable perspicacia respecto al modo en que el nacionalismo está modelado místicamente por los sistemas culturales religiosos de los que deriva.⁶⁰ Iguala las dos emociones, como fue observado antes, y se interna en el vocabulario religioso en varias ocasiones, como cuando llama a Facundo, Rosas y Aldao "la horrible trinidad ... de nuestra historia" (vol. II, pág. 231)

Que este conjunto de estrategias discursivas es parte de una agenda conservadora se hace claro no sólo por su inclinación a la nostalgia y los valores del pasado; por momentos está explícitamente articulada como una respuesta a "el estruendo de las revoluciones del progreso", que tiene efectos dañinos: "nos

ensordece y nos aparta de aquellas épocas de gloria". Esta agenda resuena de modo interesante con el regreso a lo nativo que habría de operarse en los primeros años del siglo XX como un intento de hacer frente a la amenaza inmigratoria. Escribiendo en la ciudad, profundamente comprometido con los efectos de la capitalización de Buenos Aires y con la confrontación de los cambios étnicos aportados por la inmigración, González trata de congelar el ser nacional tal como se constituyó en el campo:

El colorido de la leyenda y el tono del cantor de la llanura, cambian al penetrar en el recinto de la ciudad, porque allí se elaboran los materiales de la historia, y las fantasías del poema se desvanecen al contacto frío de la verdad positiva. Por eso van desapareciendo de la superficie de nuestros territorios esos trovadores que cantan la tradición íntima.... Y pronto, cuando ya los inventos del siglo derramen en los escenarios de tanto drama sombrío, oleadas de hombres de razas distintas e indierentes, no habrá quedado en el suelo ni un rastro de los pasados héroes, siquiera los del terror... (Vol. II, págs. 297-208)

Como podía esperarse, el acopio de tradición que realiza González para rechazar esta amenaza termina produciendo formas estatuarías con la fijeza de la piedra.

Escribir más allá de los márgenes: *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla.

Al dejar atrás el Fuerte Sarmiento el 30 de marzo de 1870, Lucio V. Mansilla se aventuraba en un territorio dominado por los indios ranqueles, cuyo cacique Mariano Rosas debía confirmar el tratado de paz que Mansilla había negociado en términos preliminares, a nombre del gobierno nacional. Más allá de la frontera (en sí misma un factor clave en el mecanismo de poder y contención a través del cual la Nación-Estado completaba su expansión territorial), en la tierra de nadie enmarcada por los dos nombres que marcan los avatares del poder (Rosas y Sarmiento), Mansilla explora las posibilidades de desafiar y quizás subvertir la autoridad que lo había relegado a un puesto marginal como comandante de frontera. *Una excursión a los indios ranqueles* puede leerse como un intento de encontrar un espacio discursivo a partir del cual lanzar un ataque contra los escritos de Sarmiento y contra su presidencia. ¿Como puede ser legitimado un discurso desprovisto de poder, y,

concomitantemente, cómo puede ayudar a revertir la jerarquía que lo controla? De un modo provisional, podemos anticipar que la estrategia de Mansilla es entrar y salir de la línea que separa el adentro y el afuera, explotando su excentricidad. El resultado es la producción de posiciones de sujeto cambiantes, en un titilante juego de máscaras que transforma la marginalidad en un locus de enunciación tan interesante como contradictorio.

En su calidad de sobrino de Rosas, Mansilla llevó una vida marcada por constantes intentos de recuperar el poder perdido por su familia después de Caseros, intentando la mudanza del margen al centro, y llegando muy cerca de él, aunque siempre terminó relegado al margen. Su relación con Sarmiento ejemplifica estas maniobras fallidas, pero fue parte de un esquema recurrente. El Ministerio al que aspiraba nunca se materializó, aun cuando ocupó una cantidad de puestos prestigiosos en el Congreso y en el mundo diplomático. Si bien lo unían relaciones de amistad con los presidentes Sarmiento, Avellaneda y Roca, su fortuna política sólo le permitió alcanzar los umbrales del éxito, no transponerlos. En 1898, a la edad de sesenta y ocho años, durante la segunda presidencia de Roca, el peripatético Mansilla volvía de París a Buenos Aires con la esperanza de ser nombrado ministro al fin, sólo para ver disiparse sus esperanzas, como lo había hecho treinta años atrás. Y hasta en 1907, cuando hacia su último viaje de París a Buenos Aires, malinterpretó el interés público en su persona, y la cálida bienvenida de sus amigos y admiradores, como una señal de poder político, que nunca se materializó en un alto cargo.

Las circunstancias que rodearon la escritura y publicación de *Una excursión* merecen examen porque están ligadas a la construcción del sujeto en el texto. En la raíz de este libro yace una amarga desilusión con Sarmiento, por la negativa de éste a nombrar ministro a Mansilla. Como amigo del hijo adoptivo de Sarmiento, Dominguito, y como influyente oficial del ejército durante la Guerra con el Paraguay, Mansilla había tenido activa participación en la nominación de Sarmiento a la presidencia, y fue quien se la anunció en los Estados Unidos. Cuando el Club Libertad se reunió en febrero para elegir a su candidato, Mansilla y Rufino Varela fueron quienes nominaron a Domingo Sarmiento. Movido por el sentimiento de su importancia, y por una carta escrita por Sarmiento después de la muerte de Dominguito, ofreciéndole "todo lo que un padre puede ofrecer al amigo, compañero y jefe del hijo malogrado"⁵¹, se dice que se presentó en

la casa de Sarmiento con una lista de nombres posibles para el futuro gabinete. Al ver el nombre de Mansilla, Sarmiento exclamó abruptamente: "¡Usted ministro! Hombre, necesitaré un ministerio muy sesudo para morigerarme a mí mismo. Nos tildan de locos: a usted menos que a mí, tal vez por no haber adquirido méritos para ello todavía. Juntos seríamos inaguantables..."⁶² Martín de Gainza fue nombrado Ministro de Guerra, y Mansilla terminó como comandante de fronteras en Río Cuarto, bajo las órdenes del General Arredondo. Con su gusto por lo teatral, Mansilla se pintó a sí mismo como un actor sin papel y sin lugar en la escena política que él mismo había organizado: "En este momento de mi vida represento el papel de un concurrente que no halla lugar, ni de pie, en la gran representación política que él mismo ha organizado."⁶³ El desplazamiento consiguiente es la escena primaria de *Una excursión a los indios ranqueles*, tanto por el viaje como por su inscripción textual. Fue exacerbada por el efecto muy negativo de la iniciativa de Mansilla: a su regreso, fue exonerado del cargo y obligado a volver a Buenos Aires. En mayo de 1870 el periódico *La Tribuna* de Buenos Aires empezó a imprimir *Una excursión* en forma serializada. En noviembre apareció como libro.

¿Como usa Mansilla el espacio de la escritura para responder a las afrentas a que se veía expuesto?⁶⁴ Una de las estrategias que utiliza es la disposición de una escena en la que el "Yo" como actor consumado apela a su interlocutor y lo deslumbra con sus acciones.⁶⁵ La inclinación de Mansilla por lo teatral ha sido comentada por diversos críticos,⁶⁶ y en *Una excursión* implica una compleja artesanía del sujeto y su público para lograr apoyo. Logra la disposición de un espacio en el que puede circular un discurso aparentemente contrahegemónico, explorando las múltiples posiciones desde las cuales enfocar las estructuras de poder representadas por Sarmiento como autor y como presidente. Uno puede imaginarse a Mansilla dirigiéndose tanto a Santiago Arcos, al que están dedicadas las "cartas", y también, de un modo más general, a la clase de amigos que habían preparado un "banquete de reivindicación" para él en Buenos Aires a su regreso de Río Cuarto, en junio de 1870. Modulando astutamente su atención y su respuesta, Mansilla desplega un espectro de dispositivos a la vez serios y graciosos, que jugaban con el ocultamiento y la revelación. Mago ejemplar, Mansilla es él mismo y el otro, como en las famosas fotografías de Witcomb que atraían muchedumbres en la Calle Florida. Inclusive afecta al público con sus trucos,

dándole a su identidad una calidad móvil e inestable. Así, mientras ostensiblemente está escribiendo *Una excursión* como una serie de cartas a su amigo Santiago Arcos, reconoce la naturaleza problemática de esta recepción desde el comienzo mismo, afirmando que no sabe dónde está Arcos o si se lo podrá encontrar.⁶⁷ Si Arcos puede ser elusivo como lector, cumple una función metonímica que representa admirablemente el tipo de público que desea invocar Mansilla. Igual que Mansilla, Arcos era un hombre de medios, que había viajado mucho, había pasado su vida a ambos lados de la frontera entre civilización y barbarie, tenía muchas lecturas y también era capaz de disfrutar de los placeres y desafíos de la vida rural en Latinoamérica. Autor él mismo, Arcos había publicado un libro revelando su conocimiento del tema, *Cuestión de los indios: Las fronteras y los indios* (1860), una obra posterior titulada *La Plata: Etude historique* (reseñado de modo más bien apresurado por el mismo Mansilla en *La Revista de Buenos Aires*),⁶⁸ y, en español, sus *Cuentos de tierra adentro*, desplegando su conocimiento de las costumbres rurales.⁶⁹ Pasó una parte importante de su vida en España y Francia: como Mansilla, era un verdadero connoisseur del mundo hegemónico.⁷⁰ Arcos y los hombres como él serían el público ideal para *Una excursión*: tan al tanto de los refinamientos de la vida en el Club del Progreso o en los salones parisinos que podían cómodamente tomar distancia de ellos y disfrutar de la clase de turismo emprendido por Mansilla. De hecho, no es accidental que eligiera la palabra "excursión" para su título. En palabras de Julio Ramos, es "un nuevo tipo de ejercicio turístico": uno que incorpora la exploración de la barbarie,⁷¹ en la misma vena en que un viajero experimentado elige rincones remotos del mundo para satisfacer su necesidad de lo nuevo. De ahí estas observaciones introductorias a Arcos:

... después de haber recorrido la Europa y la América, de haber vivido como un marqués en París y como un guaraní en el Paraguay; de haber comido *mazamorra* en el Río de la Plata, *charquicán* en Chile, ostras en Nueva York, *macarroni* en Nápoles, trufas en el Périgord, *chipá* en la Asunción, recuerdo que una de las grandes aspiraciones de tu vida era comer una tortilla de huevos de aquella ave pampeana en *Naguel Mapo*, que quiere decir "Lugar del Tigre".⁷²

En ese espíritu, Mansilla puede jactarse de querer hacer este viaje tanto como cualquier secretario de bajo rango puede ansiar un puesto en la embajada de París, de preferir dormir bajo las

estrellas a verse sometido a una cama de hotel en Rosario, de estar tan feliz y cómodamente sentado en un sillón como alrededor del fuego del campamento con sus soldados, de disfrutar una comida en el Club del Progreso tanto como el puchero que compartió con Mariano Rosas. Su sabiduría y refinamiento mundanos le permiten ajustarse, a la vez que lo ponen permanentemente en condiciones de disfrutar de lo nuevo y diferente.

Dado que los lectores a los que se dirige comparten estas cualidades, Mansilla sabe cómo proporcionarles los placeres que esperan. Pueden viajar vicariamente con él, y pueden gozar de la puesta en escena de los divertidos encuentros entre Mansilla y los ranqueles entendiéndose con el primero a expensas de los segundos. Es por esto que Mansilla puede permitirse presentarse a sí mismo en situaciones ridículas: la ironía teatral le permite al público ver, y disfrutar, a los ranqueles enfrentando a un representante de la civilización que debe poner entre paréntesis momentáneamente su superioridad. Mansilla se extiende en los pasajes en los que debe sujetarse al protocolo social impuesto por los ranqueles, como víctima cómica de sus larguísimo discursos o sus borracheras, y comenta unos y otras con un lector que está dispuesto a reírse y a apreciar su desdicha: "No hay idea de lo cómicos y ceremoniosos que son estos bárbaros", (vol I, pág. 174) comenta después de oír sus extensos saludos; obligado a alzar a los indios uno por uno, soltando un sonoro "aaaaaahhhhhhhhh!" abrumado por sus pesos, provee el siguiente pasaje interpretativo: "Aquello fue pasaje de comedia, casi reventé, casi se me salieron los pulmones, porque esto de tener que dar un grito que haga estremecer la tierra al mismo tiempo que el cuerpo se encorva, haciendo un gran esfuerzo para levantar del suelo un peso mayor que el de uno mismo, es asunto serio desde el punto de vista de la fisiología orgánica; pero más que a todo se presta a la risa". (vol. I, pág. 204) Hay muchos pasajes como éste invitando al interlocutor a compadecerse y a la vez reírse con el narrador: una de las muchas caras del libro es jocosa, casi carnavalesca. Explorando el espacio discursivo de los márgenes, el sitio de la enunciación veta la actitud autorial unívoca y opera con un modo cambiante de representación tanto de sí mismo como del otro. Puede permitirse la pintura de lo ridículo, aplicada tanto a los ranqueles como a sí mismo, porque en otros casos adopta una actitud diferente, más seria, que presumiblemente es atenuada y hecha más digerible por las cualidades de diversión de lo burlesco. De modo que mientras *Una*

excursión, como veremos, emprende un ataque explícito contra la ideología que enfrenta civilización contra barbarie, también despliega la barbarie en sus formas más desagradables. Los mismos ranqueles que a veces son mostrados bajo una luz admirativa, en varias ocasiones son pintados como simplemente repugnantes. Mansilla suele ser víctima de sus sucios saludos y de sus torpezas de ebrios, manifestadas en conductas agresivas y una profusión de fluidos corporales.

...me besaban, con sus bocas sucias, babosas, alcohólicas, pintadas. (vol. I, pág. 207)

Yo no quería que me sorprendiera la noche entre aquella chusma hedionda, cuyo cuerpo contaminado por el uso de la carne de yegua, exhalaba nauseabundos efluvios; regoldaba a todo trapo, cada eructo parecía el de un cochino cebado con ajos y cebollas. En donde hay indios, hay olor a azafétida. (vol. I, pág. 255)

Al entrar a una tienda india tiene que luchar con toda clase de criaturas que le trepan por las piernas; en mitad de la noche es acosado por un ranquel borracho y baboso que ha caído encima de él. Cultivando su actitud elegantemente distanciada hacia la civilización, Mansilla aparece despojándose constantemente de sus pertenencias para satisfacer a sus ávidos anfitriones, que se encaprichan con su elegante capa roja, su puñal, sus boleadoras de marfil y plata, medias, pañuelos, camisas, guantes (representados burlescamente como botas para manos) y su excelente navaja de afeitar Rodgers, que se vuelve símbolo de la inferioridad cultural de los indios, pues no saben qué uso darle. El incidente con la navaja ilustra la escena textual construida: después de regalársela a Baigorrita, Mansilla se escandaliza al descubrir que un instrumento tan fino es usado para picar tabaco. Incapaz de hacerle entender a Baigorrita la naturaleza de su error, Mansilla recurre a un manejo más eficaz del incidente transformándolo en una historia:

Buscaba a quién contarle el uso que mi compadre hacía de mi rica navaja de barba. Fui, pues, en busca de mis compañeros de peregrinación. ... Les llamé aparte, hicieron una rueda, dejándome dentro, y les conté el caso, riéndome a carcajadas. (vol. II, pág. 67)

La situación comunicativa representada en este pasaje ejemplifica la relación entre texto y lector que tiene lugar en el

libro: los que saben escuchan el cuento y se ríen. Su placer puede derivar también de observar a Mansilla adoptando momentáneamente actitudes bárbaras, ostentando su conducta ruda, como cuando se limpia las uñas de los pies durante una comida. Lo que causa placer al lector no es sólo la conducta de Mansilla, sino también el gozo que le produce a los ranqueles, seducidos por lo que equivocadamente interpretan como "el dominio de la barbarie sobre la civilización". (vol. II, pág. 68) Aun cuando el humor es atenuado, uno puede sentir la apelación al lector sofisticado en pasajes donde el autor desenmascara los inútiles intentos de los ranqueles por engañarlo. Un caso es el pedido de Mariano Rosas de que Mansilla y sus hombres esperen al llegar, estrategema que el último puede identificar como un intento de examinar y medir las fuerzas de los recién llegados. Promoviendo una comunicación privada con sus pares, Mansilla hace la siguiente reveladora evaluación:

En medio de su disimulo y malicia genial y estudiada, los salvajes y los pueblos atrasados en civilización tienen siempre algo de candorosos.

Ellos creen cosa muy fácil engañar al extranjero. El orgullo de la ignorancia se traduce constantemente, empezando por creer que se sabe más que el prójimo. ... Mariano Rosas creyó engañarme. (vol. I, pág. 196)

El apoyo del lector se solicita a veces para disponer de un oído solidario para el "yo" narrativo autodeprecatorio, que revela de modo desarmante su debilidad y sus dudas y que puede reirse de sí mismo. Puede verse a Mansilla elaborar el sentido de su frágil posición política en los pasajes dirigidos directamente a Santiago Arcos, preguntándole en un tono de estudiada liviandad si no piensa que la excursión es una pérdida de tiempo, o reconociendo la marginalidad de su empresa al declarar que ya que no puede cantar las glorias de su espada, tiene que recurrir a describir a los ranqueles y sus costumbres. En estos casos confronta indirectamente la desilusión que motivó el texto disminuyendo su propia importancia en la intimidad del diálogo con sus pares. Por momentos el tono se vuelve abiertamente paródico, como en las ocasiones en que juega con los sueños de Lucius Victorius Imperator e insiste en la presentación irreverente de su tarea y de la retórica que podría ensalzarla.

Pero esta aparente modestia la permite a Mansilla desplegar su habilidad superior como comandante del ejército y como escritor, siempre consciente de la dinámica entre poder y discurso en los

mundos de los "bárbaros", de los "civilizados", y de su texto. Una cosa que sabe que sólo él puede hacer en la circunstancia es traducir una cultura a otra, mantener una postura crítica con respecto a la civilización pero lucir el dominio de la cultura y las lenguas que le permiten representar a los bárbaros en términos refinados. Mansilla es un diestro transculturador con un gusto por la disonancia, por lo que exhibe burlescamente su erudición en contextos que a la vez la suscitan y la subvierten. Así, se permite citar a Manzoni, sólo para mover el suelo literalmente bajo su cabeza al descubrir que ha estado apoyándose en una marmota mientras tenía la visión de la grandeza conjurada por los versos del poeta italiano. Cuando Epumer cae vencido por la borrachera, Mansilla lo cuenta con una cita: "E caddi, come corpo morto cade!" (vol. I, pág. 257); Mariano Rosas es comparado con Bismark cuando se trata de evaluar la fuerza militar; las penas de amor de un soldado son interpretadas a la luz de los pensamientos de Byron sobre las mujeres. Casi no importa que las relaciones sean forzadas; Mansilla está actuando para su público, y quiere deslumbrar con su destreza. Quizás ningún pasaje ilustre más claramente el coqueteo sobre sus carencias que el que se inicia proclamando: "Yo soy como los patanes. Nunca tengo presentimientos en sueños" (vol. II, pág. 199), sólo para exhibir su erudición con una serie de comparaciones con Hesíodo, Escipión, Alejandro y Hércules. Si más adelante escribe una invectiva contra la erudición, la desmiente con su despliegue todo a lo largo del texto. (vol. II, pág. 244)

Aunque Mansilla artificioosamente se disminuye al modo humorístico que he descrito, cuida su imagen de autoridad ante sus subordinados. El Coronel Mansilla siempre está al mando de sus hombres, aun cuando se sienta junto al fuego con ellos para oír sus historias y compartir su amistad. Si la conducta ebria de Rufino Pereira pone en peligro la imagen del coronel frente a los ranqueles o los otros soldados, la muy irritada reacción de Mansilla no deja dudas sobre quién manda, pues sabe que las consecuencias de perder el respeto de sus hombres son fatales. Su trato muy tenso con el extraño del que creen que es uno de los espías de Calfucurá revela la incomodidad causada por alguien que no juega claramente el papel del subalterno. El narrador puede bromear sobre alguna cuestionable ineptitud cuando tiene al lector por único testigo, pero el trato con sus hombres lo muestra en pleno control de su autoridad.

Dentro de este *locus* de enunciación móvil pero cuidadosamente elaborado, *Una excursión* presenta un modo de representación de la otredad que también sirve como punto de partida para una crítica a las políticas del gobierno. Para lograrlo, Mansilla propone otro interlocutor: un "nosotros" deliberadamente ambiguo que se vuelve blanco de sus ataques. Convenientemente revestido de esta culpa comunitaria, Mansilla puede denunciar el modelo sarmientino mientras es parte aparente de él. Trasponiendo la observación de Homi Bhabha de que "en el margen colonial la cultura de Occidente revela su 'différance'"^{73a} la economía de espacio que propone el contexto postcolonial de Mansilla, nos tienta decir que las tierras marginales más allá del Fuerte Sarmiento permiten la articulación de una reflexión autoconsciente sobre los valores hegemónicos corporizados en la "civilización". Incluido en la narración del contacto de Mansilla con sus anfitriones hay un pequeño tratado sobre los males del esquema conceptual del *Facundo* y de las políticas presidenciales de su autor. Una y otra vez Mansilla culpa a este "nosotros" por el fracaso de educar a los ranqueles y dar valor a "nuestros" hombres nativos, por las guerras civiles enraizadas en "nuestras" diferencias y odios, por el egoísmo de las ciudades, que mantienen al proletariado rural en un estado de ignorancia y estupidez, por "nuestras" políticas opresivas. Las alusiones a Sarmiento son apenas veladas en este espacio crítico, como la cabeza del "mal gobierno" que se desacredita. En algunos casos el ataque es tan específico que puede verse a través de la máscara del "nosotros" comunal:

La monomanía de la imitación quiere despojarnos de todo: de nuestra fisonomía nacional, de nuestras costumbres, de nuestra tradición. Nos van haciendo un pueblo de zarzuela. Tenemos que hacer todos los papeles, menos el que podemos. Se nos arguye con las instituciones, con las leyes, con los adelantos ajenos. Y es indudable que avanzamos.

Pero, ¿no habríamos avanzado más estudiando con otro criterio los problemas de nuestra organización e inspirándonos en las necesidades reales de la tierra? (vol. I pág. 236)

Anticipando los ataques a la inmigración que fueron comunes hacia el fin de siglo, Mansilla exclama con impaciencia: "Y para lucirse mejor, todos los días clamando por gente, pidiendo inmigración!" (vol. I, pág. 250) Dentro de este marco discursivo, escarnea repetidamente a la "civilización" tanto por el descuido de sus obligaciones para con los "bárbaros" como por su hipocresía.

Cuando el tema toma un cariz serio, crítico, el autor concomitantemente desarrolla el elogio de los ranqueles y sus costumbres. Al parecer olvidado de las implicaciones de sus insistentes referencias a ellos como "estos bárbaros", Mansilla se extiende sobre sus muchas virtudes y valores, señalando sus rasgos cristianos, su generosidad, su hospitalidad, y su admirable respeto por los animales. En ocasiones, aun en situaciones que invitan a observaciones desdeñosas, produce una reinterpretación de la conducta de los ranqueles en términos comparativos antropológicos. Un ejemplo es la afirmación de Baigorrita, al partir Mansilla de sus tolderías, de que el águila que ha avizorado está realmente señalando su camino. Mansilla se contiene a punto de soltar la risa, y recuerda que él se permite un comportamiento igualmente supersticioso cuando no se sienta a la mesa con trece comensales, o se niega a matar arañas de noche. Entonces llega a la meditación antropológica igualadora: "Hay un mundo en el que todos los hombres son iguales: es el mundo de las preocupaciones". (vol. II, pág. 110) Después de un día agotador pasado en largas conversaciones con Mariano Rosas y Baigorrita sobre el tratado que motivó su viaje, Mansilla hace una serie de reflexiones sobre las relaciones entre política, gobierno y el pueblo, que coloca los hechos de la jornada bajo una luz completamente nueva. El esfuerzo interpretativo de Mansilla pone las negociaciones con los caciques dentro del contexto del "mundo civilizado", con alusiones a Napoleón III y al gobierno argentino, de modo de achatar las diferencias y promover las asimilaciones. Pero aquí otra vez este discurso aparentemente contrahegemónico es desestabilizado por los términos mismos en que se hace la afirmación: "Los enanos nos dan la medida de los gigantes, y los bárbaros la medida de la civilización" (vol. II, pág. 162) confiesa en conclusión, debilitando el impulso positivo de su aseveración con las implicaciones desdeñosas de "enanos" y "bárbaros". En realidad, no hay posición desde la cual el sujeto que escribe pueda evitar las trampas del inconsciente político en el que está ubicado. Si escribir en los márgenes le permite cuestionar el sistema hegemónico, también está insidiosamente asediado por las estructuras mentales sancionadas por ese sistema. Cuando exclama de modo autocrítico "Tanto que declamamos sobre nuestra sabiduría, tanto que leemos y estudiamos, ¿y para qué? Para despreciar a un pobre indio, llamándolo bárbaro, salvaje..." (vol. II, pág. 244), el lector capta

la ironía, porque ha tropezado repetidamente con las mismas palabras a lo largo del texto.

Por lo demás, Mansilla está condenado a producir un discurso cargado de contradicciones por las condiciones materiales que lo llevaron a los ranqueles. Pues realmente la excursión no es mero turismo desinteresado: Mansilla está negociando un tratado con los ranqueles, y para ratificarlo despliega con notable convicción los argumentos a favor de quitarles la tierra. A pesar de los numerosos pasajes que lamentan el tratamiento dado a los ranqueles, Mansilla proclama la supremacía de los cristianos en términos inequívocos. Cuando Mariano Rosas lo acusa de quitarles su tierra (y sin duda alguna éste es el corazón del asunto), Mansilla descarta sus reclamos a la tierra de sus antepasados diciendo que la tierra no perteneció a los indios, sino a quienes la hicieron productiva con su trabajo. Es aquí donde revela la naturaleza genuina de su empresa, y su afiliación con el programa de desarrollo económico que está proponiendo el gobierno: "Las fuerzas del Gobierno han ocupado el Río Quinto para mayor seguridad de la frontera; pero esas tierras no pertenecen a los cristianos todavía; son de todos y no son de nadie; serán algún día de uno, de dos o de más, cuando el Gobierno las venda, para criar en ellas ganados, sembrar trigo, maíz." (Vol. II, pág. 148) Cuando la discusión se acalora, Mansilla no vacila en blandir el argumento de la superioridad cultural con una energía que desmiente la retórica de la igualdad que elabora tan cuidadosamente en otros casos: "Ustedes son unos ignorantes que no saben lo que dicen; si fueran cristianos, si supieran trabajar, sabrían lo que yo sé; no serían pobres, serían ricos. ... Ustedes no saben nada, porque no saben leer, porque no tienen libros." (vol. II, pág. 149) Después de todo, las brillantes estratagemas discursivas de Mansilla no pueden oscurecer el hecho de que su libro pertenece a la literatura de exploración que está tan profundamente conectada con la empresa general de la expansión económica prevaleciente en el siglo XIX. No es fortuito que *Una excursión* haya sido premiada por el Congreso Geográfico Internacional de París de 1875: la clase de conocimiento que proporciona sobre territorios antes inexplorados era muy apreciada.⁷⁴ Si ponemos al libro dentro del contexto europeo más amplio de la literatura de viajes, se hace inmediatamente evidente que Mansilla se conforma a aspectos de la producción cultural contemporánea concentrada en hacer productivas más tierras y poner a trabajar a su población. De modo

que aunque comparte con sus lectores metropolitanos la retórica de la "anticonquista", como ha nombrado Mary Louise Pratt los intentos de vindicar las culturas nativas sin dejar de asimilarlas a los paradigmas culturales europeos,⁷⁵ con frecuencia revela su interés en la calidad de la tierra que está explorando, la clase de pastos que crecen en ella, la disponibilidad de agua, y la cantidad de animales que podría sustentar. Su entusiasmo por el potencial económico del área puede revelarse en exclamaciones ocasionales como "Un estanciero entendido y laborioso allí haría fortuna en pocos años". (vol. I, pág. 88) Su entusiasmo también se refleja en visiones de la futura grandeza de la República Argentina, como la siguiente: "...pensé un instante en el porvenir de la República Argentina el día en que la civilización, que vendrá con la libertad, con la paz, con la riqueza, invada aquellas comarcas desiertas, destituidas de belleza, sin interés artístico, pero adecuadas a la cría de ganados y a la agricultura". (vol. I, pág. 100) Quizás el pasaje más revelador está al final del libro, cuando Mansilla y sus hombres están volviendo del Fuerte Sarmiento, al cabo de su viaje de dieciocho días. Después de describir la calidad de las tierras, ya nombradas "campos", con su resonancia de explotación económica, vuelve a prever su "gran futuro" y pregunta retóricamente cuándo "la rosada aurora brillará sobre ellos". La respuesta es igualmente retórica, y trae a cuento de un plumazo la inminente exterminación de los ranqueles: "¡Ay! Cuando los ranqueles hayan sido exterminados o reducidos, cristianizados y civilizados". (vol. II, pág. 266) De modo que uno se siente tentado a leer *Una excursión* como afiliada con el aparato de notación y de escritura que permitió la vigilancia mediante la cual podía organizarse el espacio y la identidad de la nación. Poner en juego al otro dentro de esa reconfiguración de la forma nacional es, como ha sugerido Homi Bhabha, una estrategia del discurso nacionalista: absorbiendo elementos marginales en el panorama, se apoya en la otredad para construir una imagen del todo. El libro de Mansilla permite la percepción de una Argentina que puede integrar al indio y al gaucho (tipo nacional altamente elogiado y defendido aquí) en el paisaje de los campos productivos. Para citar a Bhabha, "La nación revela, en su representación ambivalente y vacilante, la etnografía de su propia historicidad y abre la posibilidad de otras narrativas del pueblo y sus diferencias".⁷⁶ Así, las diferentes clases de identidad ("la otredad de la gente unificada", a la que alude Bhabha) permite la asimilación de las

hebras etnográficas plurales de la Argentina en un compuesto nacional. Aquí podría estar la presciencia de *Una excursión a los indios ranqueles*: a la vez que vindica el modo de vida de los ranqueles, hace frente a las necesidades del desarrollo económico: los indios tienen que ser civilizados o exterminados. Que casi una década después su amigo Julio Argentino Roca emprendiera la Campaña del Desierto no pudo ser una sorpresa: el texto de Mansilla se había encargado de producir el conocimiento sobre una tribu importante y de cantar su canto del cisne. Nos gustaría pensar que el autor habría preferido un enfoque menos violento, pero él es quien traza el mapa de la Campaña. A través de su escritura no sólo dio un archivo útil con datos de un área apenas conocida y a punto de volverse parte del territorio nacional, sino que también enfocaba lo que Hayden White ha descripto como "un área de experiencia problemática que no puede acomodarse fácilmente a las concepciones convencionales de lo normal o familiar".⁷⁷ Aventurándose en Tierra Adentro, y observando sus "salvajés", Mansilla aprendió sobre los ranqueles y planteó la pregunta de quién es un argentino, al mismo tiempo que obtenía un enfoque crítico sobre las condiciones de la existencia civilizada. Lamentablemente, su reflexión no bastó para detener la alienación y destrucción futuras, y el saber, como suele pasar, se volvió el sirviente del poder.

Un post-scriptum al *Facundo*

Harold Bloom ha hablado sobre lo tardío de la escritura revisionista, y es tentador transferir parcialmente su teoría de la tradición poética a la relación compleja en *Una excursión* entre Mansilla y el precursor al que está tratando de superar y desplazar: Sarmiento. El libro de Mansilla evoca la "angustia de las influencias" de Bloom precisamente por la ambivalencia entre resistencia (a menudo crítica apenas velada) y alusión. Aun si desafía la dicotomía central del *Facundo*, desenmascarando los males de la civilización en sus muchas formas, invitando al lector a reevaluar supuestos sobre la barbarie, la sombra del *Facundo*, el texto fuerte, se proyecta sobre él.⁷⁸ Si el libro de Sarmiento se abre con la "inmensa extensión" de las pampas argentinas, apenas pobladas salvo por la horda indígena indiferenciada, emboscada y

lista para atacar, Mansilla se propone corregirlo por medio de la información topográfica y proviendo a esa "horda" de una identidad arraigada en su voz. Dentro de la literatura de exploración, *Una excursión* es muy excepcional en tanto les da a los ranqueles el don de la palabra dentro del texto, inclusive tomando nota cuidadosamente, a veces, de su elección de palabras. Mansilla recurre al discurso directo para darle voz a sus diferentes interlocutores en la comunidad ranquel, de modo que se vuelvan sujetos diferenciados. De hecho, su interés en los ranqueles lo conduce a dar información lingüística de su complejo protocolo de conversación, o del modo en que cuentan. Privilegiando la mirada del explorador, el relato testimonial de Mansilla pretende sustituir las descripciones equivocadas de las pampas criticando con impaciencia los errores perpetrados por sus predecesores: "Los que han hecho la pintura de la Pampa, suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura, ¡en qué errores descriptivos han incurrido!" (vol I, págs. 92-93) Obviamente corrigiendo la representación del *Facundo* del topos de la tierra inmensa y vacía, procede a trazar las diferencias allí donde había habido una ausencia de distinciones, y se extiende sobre los errores que han llevado a visiones equivocadas del ombú y el cactus, o la configuración exacta de áreas que nombra con palabras distintas de "pampas". Lo mismo podría decirse de los gauchos: si Sarmiento los ve como bárbaros y elabora una tipología romántica de ellos, para privilegiar al "gaucho malo" como foco de la atención textual, Mansilla da un rico repertorio de gauchos que cuentan sus historias de vida de modos que anticipan a *Martin Fierro*.⁷⁹ Volviendo al punto de partida que es el *Facundo* (pero sin nombrarlo) se queja de quienes nunca vieron a un gaucho e ignoran la diferencia entre un paisano gaucho y un "gaucho", porque viven encerrados en sus medios urbanos y prefieren viajar al extranjero antes que conocer su propia tierra: eligen "tragar leguas en ferrocarril" en lugar de "disfrutar el placer primitivo de ir en carreta". (vol II, pág. 130)

Como si quisiera destacar la relación conflictiva con el *Facundo*, hay pasajes en *Una excursión* que magnifican al texto precursor proponiéndose como débiles reescrituras de él. Uno en particular merece análisis porque su coda se vuelve directamente a Sarmiento, como para sugerir que la mara de su nombre era el instrumento por medio del cual la historia se hacía pertinente. Es uno de los pocos cuentos que cuenta el mismo Mansilla alrededor del fuego del campamento, y dice haberlo tomado de su

corresponsal, Santiago Arcos. En él, un mulero que había combatido con Facundo Quiroga y estaba tratando de huir de la justicia se enganchó el pelo largo en un árbol cuando intentaba ocultarse en un bosque. Logró evadir a sus perseguidores simulando estar muerto y gritando en tono fantasmal "¡Viva Quiroga!", lo que tuvo el efecto deseado de inspirarles terror y hacerlos escapar. Pero los esfuerzos del mulero por desengancharse del árbol no le sirvieron, y al final murió de inanición. El relato que hace Mansilla de su muerte es farsesco, pues dice que no fue causada por falta de comida sino más bien por indigestión, ya que el hombre se había comido su propia camisa. La coda burlona de la historia merece citarse:

Y entré por un caminito y salí por otro.

No sé si al público le gustará este cuento. ...

Yo soy porteño, del barrio de San Juan, y nadie es profeta en su tierra. Por eso Sarmiento, siendo de San Juan, es Presidente, habiéndose cumplido con él una de mis profecías del Paraguay. (vol. I, pág. 105)

La historia invoca a Facundo Quiroga y a Sarmiento de modos reveladores. No sólo el desdichado mulero apela al miedo que el nombre de Quiroga evoca como el prototipo del "gaucho malo" poderoso, sino que su estrategia en el bosque repite (cambiando el resultado y el tono narrativo) la muy exitosa y deslumbrantemente narrada por Sarmiento cuando Quiroga hace su escape en el *Facundo*. Ambos hombres estaban huyendo de la justicia; en ambos casos un algarrobo participa centralmente en el desenlace de la historia. Pero la historia de Mansilla tiene un desenlace descendente: repite su antecedente sólo para subrayar la imposibilidad de producir un texto maestro como el de Sarmiento. Si en el *Facundo* la historia sirve para encontrar un origen narrativo al apodo del jefe (El Tigre de los Llanos), en *Una excursión* todo lo que tenemos es una invocación fantasmal que sólo prefigura la muerte del mulero. De un modo oblicuo e intrigante, Mansilla alude a estas diferencias en su comentario metatextual al final del cuento: La frase "Por eso Sarmiento ... es Presidente" no puede dejar de recordar al lector el poder que la escritura produjo para un hombre, pero no para el otro. Mansilla, como su mulero, queda atrapado por la misma figura de autoridad que querría superar.⁸⁰

Hay otros casos en los que Mansilla conduce a su lector, tomando una frase de Harold Bloom, "no a ver directamente, sino mediado por el precursor",⁸¹ como cuando repite la extensa meditación de

Sarmiento sobre el color rojo, llamando la atención sobre la marginalidad impuesta a él por su cercano lazo familiar con Rosas, y mostrando el precio que ha tenido que pagar por desear con inocencia usar una capa roja. Una vez más, la versión de Mansilla intenta invertir el texto precursor con la reflexión derivada de una posición de sujeto marginal.

David Viñas ha afirmado persuasivamente que lo escrito por Mansilla después de 1880 (especialmente su *Entre-nos: causeries del jueves*, de 1889-1890) consolida el sentimiento de la oligarquía de la naturaleza sagrada de su propia misión, promoviendo consistentemente su experiencia de intimidad y acuerdo en sus textos.⁸² Aunque esta estrategia ya está en marcha, como hemos mostrado antes, en *Una excursión a los indios ranqueles*, no basta para superar la incomodidad por su marginalidad en los años posteriores a Caseros. Ni suprime la contradicción que lo asedia cuando critica la civilización mientras sigue comprometido con ella, y trata de desplazar a un escritor y presidente al que antes apoyó. Sentado en la cerca, o viendo al mundo al revés como tuvo tendencia a hacerlo durante la Guerra del Paraguay, Mansilla disfruta de su punto de vista excéntrico, pero también tiene que pagar el precio por él.⁸³

Notas

- ¹ Véase una clara revisión de las ediciones del *Facundo* en Guillermo Ara, "Las ediciones del *Facundo*", *Revista Iberoamericana* XXIII, 46, 1958, págs. 375-394.
- ² Véase, sobre la presidencia de Sarmiento y sus realizaciones, Allison W. Bunkley, *The Life of Sarmiento*, Greenwood Press Publishers, Nueva York, 1969; Héctor N. Santomauro, *La generación argentina de 1880*, Unicornio Centro Editor, Buenos Aires, 1992, págs. 54-56; Roberto Cortés Conde, "Sarmiento and Economic Progress", en Tullio Halperin Donghi, Gwen Kirkpatrick y Francine Masiello, comps., *Sarmiento: Author of a Nation*, University of California Press, Berkeley, 1994, pág. 114-123; Alberto Palcos, "Presidencia de Sarmiento", en *Historia argentina contemporánea*, Academia Nacional de la Historia, I, El Ateneo, Buenos Aires, 1963 págs. 89-148. La bibliografía sobre el tema es amplia.
- ³ Roberto Cortés Conde, "Sarmiento and Economic Progress", pág. 122.
- ⁴ En su *Nations and Nationalism*, Cornell University Press, Ithaca, 1983, Ernest Gellner argumenta persuasivamente en favor del papel crucial jugado por la alta cultura en la formación del nacionalismo.
- ⁵ Véase Bunkley, *The Life of Sarmiento*, págs. 507 y ss.
- ⁶ *El Nacional*, 21 de noviembre de 1885. Citado en Bunkley, pág. 508.
- ⁷ *El Diario Popular* (Salta), 20 de septiembre de 1888, Museo Histórico Sarmiento.
- ⁸ *La Razón* de Montevideo, 15 de septiembre de 1888, Museo Histórico Sarmiento.
- ⁹ En *At Face Value*, pág. 69.
- ¹⁰ Noé Jitrik, *El ochenta y su mundo*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968, pág. 68. La frase de Jitrik es "se vive portuariamente".
- ¹¹ En *Obras Completas*, XXXVII, pág. 322. Sarmiento hace este comentario en una carta al Perito Moreno, que también está publicada como apéndice en la edición de Ingenieros de *Conflicto y armonías de las razas en América*, La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915, pág. 407.
- ¹² Con la palabra "liberal" me refiero a la teoría económica declinonómica que apoya el libre comercio, a la vez que presupone la subordinación a los mercados metropolitanos y la circulación de capital que ellos controlan. El Estado se propone como un garante del comercio libre y la propiedad privada, con la esperanza de atraer inversiones extranjeras y préstamos para promover el desarrollo.
- ¹³ Véase David Rock, *Argentina 1516-1987: desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, trad. Néstor Míguez, Alianza Singular, Buenos Aires, 1989, cap. 4. Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde citan una cifra más alta: 260.909, basándose en datos de Ernesto Tornquist de 1920. Véase *La república conservadora*, Paidós, Buenos Aires, 1990, pág. 52.
- ¹⁴ Rock, *Argentina*.
- ¹⁵ Véase James Scobie, *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910*, Oxford University Press, Nueva York, 1974, págs. 91-104.
- ¹⁶ Scobie, *Buenos Aires*, págs. 96-97.
- ¹⁷ E. Gallo y R. Cortés Conde, *La república conservadora*, págs. 34-35.
- ¹⁸ Véase su *State, Power, Socialism*, NLB, Londres, 1978, pág. 95.
- ¹⁹ Poulantzas, *State, Power, Socialism*, pág. 97.
- ²⁰ Véase Néstor Tomás Anzu, "Ocupación del espacio vacío: 1876-1910", en *La Argentina del 80 al centenario*, comps. G. Ferrari y E. Gallo, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1980, pág. 84.
- ²¹ Véase Rock, *Argentina, del 80 al centenario*, págs. 209-210.
- ²² Si bien es cierto que Mitre había publicado su *Historia de Belgrano* en forma serializada en su diario *La Nación*, la publicación en libro le confiere un carácter por completo diferente.
- ²³ Véase "La historiografía argentina: treinta años en busca de un rumbo", en *La Argentina del 80 al centenario*, pág. 832.
- ²⁴ Véase una exposición más extensa del tema en Halperin Donghi, "La historiografía argentina".
- ²⁵ Véase José María Ramos Mejía, *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*, precedido de una introducción por Vicente Fidel López, prólogo de José Ingenieros, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso, Buenos Aires, 1927, pág. 12.
- ²⁶ Ramos Mejía, *Las neurosis*, pág. 11.
- ²⁷ Ramos Mejía, *Las neurosis*, pág. 12.
- ²⁸ En *Obras Completas*, XLVI, pág. 293.
- ²⁹ Véase un útil panorama de la ubicación de Rosas en el discurso literario argentino, en Seminario del Instituto de Letras, *Proyección del rosismo en la literatura argentina*, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1959.
- ³⁰ Véase una perspicaz exposición de este trabajo en David William Foster, *The Argentine Generation of 1880: Ideology and Cultural texts*, University of Missouri Press, Columbia y Londres, 1990, págs. 68-84. Véase un análisis completo de la obra de Eduardo Gutiérrez y su exitosa relación con su público lector en Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988.
- ³¹ Exponer la relación inmensamente compleja entre dos textos tan centrados en la literatura argentina quedaría fuera del alcance de este estudio. Véase un atractivo estudio del género en Josefina Ludmer, *El género gaucho: Un tratado sobre la patria*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988. Gaspar del Corro ha dedicado un libro a la confrontación de las dos obras fundacionales. Véase su *Facundo y Fierro*, Castañeda, Buenos Aires, 1977. Si hoy Martín Fierro puede ser considerado el otro texto canónico de la literatura argentina, debería notarse que después de un notable éxito de ventas (se vendieron 72000 volúmenes en siete años, excluyendo las ediciones clandestinas que movieron a Hernández a iniciar acciones legales), después de 1880 fue largamente

olvidado en las ciudades, desplazado por las publicaciones seriales de Eduardo Gutiérrez. Véase Adolfo Prieto, *Sociología del público*, Leviatán, Buenos Aires, 1956, págs. 66-67. La resurgencia de *Martín Fierro* coincide con las celebraciones del centenario en 1910 y con las conferencias de Leopoldo Lugones, publicadas después en el volumen *El payador*. No se duda que Hernández escribió su gran poema como un anti *Facundo*, ni que ha sido visto como un cuestionamiento al programa ideológico de Sarmiento y a su presidencia, pero es útil recordar que detenerse en el contraste entre ambas obras canónicas puede oscurecer las importantes afiliaciones ideológicas entre ellas. Como ha notado Luis C. Bothwell Travieso, Hernández y Sarmiento representan las tensiones internas que existen dentro de la ideología burguesa dominante en el siglo XIX. Véase su "Coincidencias ideológicas entre *Facundo* y *Fierro*", en *Casa de las Américas* 122, 1980, págs. 35-47.

³² Sobre *Solané*, véase Fermín Chávez, *Civilización y barbarie en la cultura argentina*, Ediciones Theoria, Buenos Aires, 1965, págs. 167-174.

³³ Domingo Faustino Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915, pág. 63.

³⁴ Partha Chatterjee, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse*, United Nations University, 1986, pág. 2.

³⁵ "Una carta a Mrs. Mann", en *Obras completas*, XXXVII, pág. 318.

³⁶ Sarmiento, *Conflicto y armonías*, pág. 45.

³⁷ Hay cierta ironía en el hecho de que mientras en esta época las ideas de Sarmiento ganan gran influencia, muchas cartas y artículos escritos por él en *El Censor* y *El Nacional* en la década de 1880 dan prueba de su descontento con la clase dirigente argentina. Un artículo que apareció en *El Nacional* el 30 de mayo de 1883 es muy elocuente: "Los dandys argentinos toman ... posesión de París. Lo que más distingue a nuestra colonia en París son los cientos de millones de francos que representa, llevándole a Francia no sólo el alimento de sus teatros, grandes hoteles, joyerías y modistos, sino verdaderos capitales que emigran, adultos y barbados, a establecerse y a enriquecer a Francia." En una carta al Presidente Avellaneda observa: "...yo estoy hace tiempo divorciado con las oligarquías, las aristocracias, la gente decente a cuyo número y corporación tengo el honor de pertenecer, salvo que no tengo estancia". (Citado en Milcíades Peña, *Alberdi, Sarmiento, el 90: Límites del nacionalismo argentino en el siglo XIX*, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1973, pág. 63.) En *El Censor*, en un artículo del 16 de febrero de 1886, hace esta sombría confesión: "Podéis creerme si os digo que éste es el peor pedazo de vida que he atravesado en tan largos tiempos y lugares tan varios, más triste que la degeneración de las ideas de libertad y patria en que nos criamos entonces."

³⁸ Sarmiento, *Facundo*, pág. 243.

³⁹ Véase Stepan, *The Idea of Race in Science: Great Britain 1800-1960*. Archon Books, Hamden, Conn., 1982. Según la autora, el cambio de paradigma está ligado al debilitamiento del monogenismo (que sostenía

la idea de que pese a las variaciones en la humanidad había una única especie humana biológica) en favor del poligenismo, con su visión de las razas humanas separadas por profundas diferencias mentales, morales y físicas. Véase especialmente el Capítulo I: "Race and Return of the Great Chain of Being".

⁴⁰ Sarmiento, *Conflicto y armonías*, pág. 310.

⁴¹ Sarmiento, *Conflicto y armonías*, pág. 449.

⁴² Véase Edward Said, *Culture and Imperialism*. Alfred Knopf, Nueva York, 1993, págs. 58 y ss.

⁴³ Véase una atractiva exposición del discurso de los viajeros europeos y sus afiliaciones con el expansionismo occidental en Mary L. Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Routledge, Nueva York, 1992.

⁴⁴ Sarmiento, *Conflicto y armonías*, pág. 124.

⁴⁵ Véase *Conflicto y armonías*, pág. 118: "...razas que Dios reserva para mundos futuros, acaso para el que preparan Livingstone, Stanley y Brazza, en el Río Congo, el Zambesi y sus tributarios".

⁴⁶ Véase *Facundo*, pág. 39.

⁴⁷ Sarmiento, *Conflicto y armonías*, págs. 103-104.

⁴⁸ José Ingenieros, "Las ideas sociológicas de Sarmiento", en *Conflicto y armonías*, pág. 8.

⁴⁹ En Sarmiento, *Conflicto y armonías*, pág. 22.

⁵⁰ S. Freud, *Civilization and Its Discontents*, Hogarth, Londres, 1961, pág. 114.

⁵¹ En Sarmiento, *Conflicto y armonías*, pág. 38.

⁵² Sarmiento, *Conflicto y armonías*, pág. 40.

⁵³ Citado por José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1987, pág. 202.

⁵⁴ Angel Rama, *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hanover, New Hampshire, 1984, págs. 90 y ss.

⁵⁵ Joaquín V. González, *La tradición nacional*, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1912, vol. I, págs. 51-52. En adelante los números de página y volúmenes se indicarán entre paréntesis.

⁵⁶ "Se habla de 'tradición inventada' para referirse a una serie de prácticas, por lo normal gobernadas por reglas aceptadas explícita o tácitamente, y un ritual de naturaleza simbólica, que busca inculcar ciertos valores y normas de conducta por repetición, que automáticamente implica continuidad con el pasado." En *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Nueva York y Londres, 1983, pág. 1.

⁵⁷ El conocido estudio de Doris Sommer rastrea la relación entre romance nacional y sexualidad. Véase su admirable *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, Oxford, 1991.

⁵⁸ Vale la pena citar el párrafo entero porque es realmente una máquina que engendra todo el texto de *La tradición nacional*: "Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas

sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia: lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres."

⁵⁹ González estaba anticipando una estrategia proclamada después por Ricardo Rojas en *Blason de plata*, escrito para conmemorar el centenario de la revolución de 1810: "...no he buscado componer una obra doctrinaria, o conceptual o didáctica, sino un libro de pura emoción, que, como los libros heráldicos, reavivase, por la leyenda o por la historia, el orgullo y la fe de la casta."

⁶⁰ Véase más sobre este tema en Benedict Anderson, *Imagined Communities*, especialmente las secciones tituladas "Cultural Roots" y "The Religious Community".

⁶¹ Citado en José Luis Lanuza, *Genio y figura de Lucio V. Mansilla*, Eudeba, Buenos Aires, 1965, pág. 34. Otro texto útil sobre la vida de Mansilla es el de Enrique Popolizio, *Vida de Lucio V. Mansilla*, Editorial Pensar, Buenos Aires, 1954.

⁶² En Augusto Belin Sarmiento, *Sarmiento anecdótico*, Imp. P. Belin, Saint Cloud, 1929, págs. 177-178.

⁶³ Citado en Lanuza, *Genio y figura*, pág. 36.

⁶⁴ Los críticos han mostrado una cantidad de estrategias textuales desplegadas por Mansilla como respuesta al problema del desplazamiento. Para Mirra Stern, está exhibiendo el "trofeo del saber", como significativo y metáfora del poder". Véase su lucido "Una excursión a los indios ranqueles: espacio textual y ficción tipográfica", *Pilología* XX, 1985, págs. 117-138. Para Carlos J. Alonso, la escritura de Mansilla proyectaba "el designio del romance de una familia extensa de una naturaleza intensamente edípica... donde se retrataba a sí mismo como un efebo escogiendo entre dos figuras paternas surrogadas y conflictivas: Rosas y Sarmiento". Véase su "Oedipus in the Pampas: Lucio Mansilla's *Una excursión a los indios ranqueles*", *Revista de estudios hispánicos* XXIV, 2, mayo de 1990, págs. 39-50.

⁶⁵ Como sucede con la mayoría de los escritores canónicos de la Generación de 1880, la circulación de cultura es vista como un proceso masculino.

⁶⁶ Véase José Luis Lanuza, *Genio y figura*; el muy perspicaz artículo de Sylvia Molloy "Imagen de Mansilla", en *La Argentina del ochentero al centenario*, comps. E. Gallo y G. Ferrari, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1980, págs. 745-759; Julio Ramos, "Entre otros: *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla", *Pilología* 21, págs. 143-171.

⁶⁷ "No sé dónde te hallas, ni dónde te encontrará esta carta y las que le seguirán, si Dios me da vida y salud. Hace bastante tiempo que ignoro tu

paradero, que nada sé de ti...", en *Una excursión a los indios ranqueles*, Editorial Eudeba, Buenos Aires, 1966, vol. I, pág. 19.

⁶⁸ Véase más sobre esta obra en Rómulo Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, Imprenta Coni, Buenos Aires, 1940, págs. 264-266.

⁶⁹ Que Arcos hubiera abogado por una ofensiva contra los indios puede verse como una razón más para establecer un diálogo con él. Véase, por ejemplo, Carlos Orlando Nallim, "La visión del indio en Lucio V. Mansilla", *Latinoamérica* 7, 1974, págs. 101-133.

⁷⁰ Es interesante que Santiago Arcos fuera amigo de Sarmiento y de Mansilla. Sarmiento alude a él en sus *Viajes*, y escribió un obituario muy emotivo cuando, afectado por una enfermedad incurable que le causaba grandes dolores, Arcos se quitó la vida en 1874.

⁷¹ Véase Ramos, "Entre otros", pág. 144.

⁷² Mansilla, *Una excursión*, vol. I, pág. 19. En adelante los números de volumen y página serán indicados entre paréntesis.

⁷³ Véase "The Other Question: Difference, Discrimination and the Discourse of Colonialism", en *Literature, Politics and Theory*, comps. F. Barker y otros, Methuen, Londres y Nueva York, 1986, pág. 148. Escribe Bahaba: "Es ahí, en el margen colonial, que la cultura de Occidente revela su 'différance', su texto límite, como su práctica de autoridad despliega una ambivalencia que es una de las estrategias discursivas y psíquicas más significativas del poder discriminatorio..."

⁷⁴ Las palabras de apertura del presidente de la Asamblea, Almirante La Roucière-Le Noury revelan el claro sentimiento de la relación entre conocimiento y poder que la geografía supuestamente articulaba: "Caballeros, la Providencia nos ha dictado la obligación de conocer la tierra y hacer su conquista. Esta orden suprema es uno de los deberes más imperiosos inscriptos en nuestras inteligencias y en nuestras actividades. La geografía, esa ciencia que inspira tan hermosa devoción y en cuyo nombre tantas víctimas han sido sacrificadas, se ha vuelto la filosofía de la tierra" Citado por Agnes Murphy, *The Ideology of French Imperialism*, 1817-1881, Catholic University of America, Washington, 1946, pág. 46.

⁷⁵ Véase más sobre esto en Pratt, *Imperial Eyes*, Capítulos 3 y 4.

⁷⁶ En "DissemiNation", en *Nation and Narration*, comp. Homi Bahaba, Routledge, Londres y Nueva York, 1990, pág. 300.

⁷⁷ Véase "The Forms of Wildness: Archaeology of an Idea", en *Tropics of Discourse*, John Hopkins University Press, Baltimore, 1978, pág. 151.

⁷⁸ Estoy citando, por supuesto, los libros de Bloom *The Anxiety of Influence*, Oxford University Press, Nueva York, 1973, y *A Map of Misreading*, Oxford University Press, Nueva York, 1975.

⁷⁹ Mirra Stern afirma persuasivamente que la defensa del gaucho y el indio en *Una excursión* está claramente en la misma línea que los artículos periodísticos que José Hernández publicaba en *El Comercio del Plata* en 1869. Para Stern, Mansilla elaboraría ideas tomadas de Hernández: "reitera, reformula y, por momentos casi cita buena parte de las ideas

expuestas por Hernández, durante 1869, en sus editoriales de *El Río de la Plata* (Stern, "Una excursión", pág. 121). Esto sugiere una relación de afiliación con *Martín Fierro*, por supuesto.

⁸⁰ Después de completar este capítulo, debí leer, como parte de mi tarea académica, la monografía de Marina Kaplan "Las fronteras y el sujeto: entre Sarmiento y Borges", a aparecer en Peter Lang. Un capítulo sobre Mansilla contenía una lectura notablemente similar a la mía de este incidente. Quiero reconocer la elegancia de su versión y la completa independencia con que cada una de nosotras produjo su interpretación.

⁸¹ En *A Map of Misreading*, pág. 18.

⁸² Véase su *Literatura argentina y realidad política*, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, 1964, págs. 167-216.

⁸³ En sus *Retratos y recuerdos*, Mansilla escribe sobre Sarmiento en ocasión de su muerte de un modo ambivalente que confirma mi argumentación. Se detiene en las contradicciones de su personalidad: "Él amaba la educación y era inculto, a pesar de sus viajes, de su roce con las gentes, conservando en todo la aspereza de las breñas sanjuaninas de donde salió..." Aunque reconoce la grandeza, también declara: "De ahí que no haya gravitado como él pensó que gravitaría..." Hace un inventario de sus fallas, para confesar al fin: "El porvenir no dará ya hombres de esa laya; son productos de ciertos momentos y que, así como ellos no pueden reemplazarse a sí mismos, tampoco pueden tener un sucesor genuino". Citado en José Luis Lanuza, *Genio y figura de Lucio V. Mansilla*, págs. 165, 166.

6. Un clásico corregido. Reescribir los mitos nacionales

En el año 1890 las fuerzas que conformaban la representación cultural de la nación sobrellevaron cambios de importancia. Si la década de 1880 pudo ser vista como la consolidación del Estado después de las guerras civiles que siguieron a la independencia, 1890 marca la emergencia de una cantidad de crisis resultantes de las condiciones acumuladas en la década precedente. La así llamada Revolución de 1890 probó que la tan elogiada modernización tenía resultados problemáticos, y se construyó un modelo cultural alternativo para responder al cambio en la escena nacional. La recepción del *Facundo* revela el desplazamiento cultural resultante, pero la economía textual argentina fue tal que a la vez que aseguraba el lugar del libro en la tradición emergente, tenía que revisar su lectura del clásico sin dejarlo extraviar. Este capítulo examina algunos de los modos en que los cambios en el contexto de recepción afectaron los discursos producidos alrededor del *Facundo*, y cómo una cultura dominante puede acomodar y manipular formas contraculturales de modo de ampliar su alcance y conservar su autoridad.

Hacia 1890 el liberalismo económico que había sustentado las políticas de la década previa se encontró frente a las consecuencias de la inversión extranjera, los créditos externos y los proyectos de modernización acelerada. El Presidente Juárez Celman, sucesor de Roca, llevó a la nación hacia lo que se ha llamado "la crisis del progreso", y fue una crisis que culminó en lucha armada entre tropas del gobierno y militantes de la recién formada Unión Cívica Radical, en julio de 1890. Aunque los problemas llegaron a un punto crítico por razones económicas, sus raíces estaban en lo que Noé Jitrik ha llamado "todas las líneas que definen la vida de una